ARMA invisible

Una novela para salir del Móvil

Elisa Macías Rivero

ARMA invisible

Una novela para salir del móvil Primera edición: noviembre 2023

© del texto: Elisa Macías Rivero © de la corrección: Esperanza Lobo © de la maquetación: DODO Diseño gráfico © 2023 educacionpositiva.es

Impreso en España

ISBN papel: ISBN 978-84-09-54585-8

Depósito legal: SE-1827-2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Diríjase a educacionpositiva.es si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Gracias.

Para Mateo hijo,
una persona con extraordinaria curiosidad,
con y sin móvil.

Este libro también está dedicado a los adolescentes que llevan un **ARMA invisible** en sus bolsillos, sin darse cuenta.

Y a los adultos que estamos despertando a los efectos
de estas herramientas tecnológicas.

Por favor, enciende el Corazón:
gana la batalla, apaga la pantalla.

“Mirar el móvil cuando estamos con nuestros hijos, les provoca sensación de abandono”.

Marian Rojas Estapé

ÍNDIC E

Toma 1, 9
Toma 2, 11
Toma 3, 13
Toma 4, 15
Toma 5, 17
Toma 6, 20
Toma 7, 22
Toma 8, 23
Toma 9, 25
Toma 10, 27
Toma 11, 28
Toma 12, 32
Toma 13, 34
Toma 14, 37
Toma 15, 39
Toma 16, 41
Toma 17, 43
Toma 18, 45
Toma 19, 47
Toma 20, 49
Toma 21, 51
Toma 22, 55
Toma 23, 57
Toma 24, 59
Toma 25, 61
Toma 26, 63
Toma 27, 65
Toma 28, 67
Toma 29, 69
Toma 30, 71
Toma 31, 74
Toma 32, 76
Toma 33, 78

Toma 34, 81
Toma 35, 84
Toma 36, 86
Toma 37, 90
Toma 38, 91
Toma 39, 93
Toma 40, 95
Toma 41, 97
Toma 42, 101
Toma 43, 104
Toma 44, 105
Toma 45, 107
Toma 46, 109
Toma 47, 111
Toma 48, 113
Toma 49, 115
Toma 50, 117
Toma 51, 121
Toma 52, 123
Toma 53, 125
Toma 54, 126
Toma 55, 128
Toma 56, 131
Toma 57, 133
Toma 58, 135
Toma 59, 136
Toma 60, 137
Toma 61, 139
Toma 62, 14 1
Toma 63, 143
Toma 64, 145
Toma 65, 147
Toma 66, 149
Toma 67, 151
Toma 68, 152
Toma 69, 154

Toma 70, 156
Toma 71, 159
Toma 72, 161
Toma 73, 164
Toma 74, 166
Toma 75, 168
Toma 76, 170
Toma 77, 172
Toma 78, 174
Toma 79, 175
Toma 80, 177
Toma 81, 179
Toma 82, 181
Toma 83, 183
Toma 84, 185
Guía con soluciones para usar bien las pantallas, 187

- PRIMER PASO PARA GANAR LA BATALLA: tomar consciencia, 193
- SEGUNDO PASO PARA GANAR LA BATALLA: recursos creativos, 200
- TERCER PASO PARA GANAR LA BATALLA: acude a un profesional de la salud, 203

BIBLIOGRAFÍA, 207
PIDIENDO MUCHO…, 213
CONOCE MEJOR A EDUCACIÓN POSITIVA, 214
AGRADECIMIENTOS, 216

Toma 1

—¡¿Eva? ¿Eva? ¿Eva?! ¿Hija, es que no escuchas? ¡¡¡Deja el móvil!!!

13 años que naufragan en la pantalla. El dispositivo nuevo es el premio de este pasado cumpleaños. El 19 de septiembre, Eva cumplió 13.

Le gustaba pintar, le gustaba leer, le gustaba jugar al baloncesto, le gustaba escribir, le gustaba mirar la lluvia…

Le gustaba, hasta que el móvil se tragó su vida. Así de simple… y de duro.

Toma 2

Los gritos de la clase revuelta por el cambio de hora impiden ver la estrategia. Los móviles están prohibidos. Aun así, bajo las mesas se esconden camuflados entre los libros. Es un juego. Grabarán a la profe de mates que tanto odian.

Elvira entra con cansancio. Espera el apoyo del alumnado. Suelta su mochila, solo la física. Se deja colgada la que más pesa, la del corazón. Allí guarda miedo a no ser querida.

Enciende la pizarra digital. Y apaga la imaginación. Ella misma se ha prohibido ese recurso vital.

—Seño, ¿vamos a ver una peli? — Gritan algunos chavales nerviosos como animales enjaulados.

—No, es un vídeo educativo que he localizado en internet —explica sin mucha fuerza Elvira, la tutora de esta clase.

—¡Que rollooo!

—Será largo y pesado.

—¡Venga, sentaos! ¡Vamos! ¡Empezamos!

Este inicio de curso trae un octubre gris, sin gotas que mojen los cristales. La sequía crece. Las nubes se asoman por las ventanas sin llamar la atención del grupo. Casi 30 adolescentes atrapados en sus cambios.

El vídeo comienza y se apagan las luces. Arranca el dolor de Elvira. Acumula años de incomprensión en clase y en casa. Su vida está a punto de derrapar, aunque no lo sabe.

Toma 3

El vídeo didáctico de matemáticas dura solo 3 minutos. Un tiempo eterno en los ciclos mentales de adolescentes de 13 años. En los primeros 30 segundos nace la batalla.

Cámara y ACCIÓN.

Tres «cabecillas» graban con sus móviles ocultos. No son conscientes de que tendrán el corto más viral del mes. Parece una simple clase aburrida. Aunque ellos buscan animarla. Una de las compis de la estrategia, comienza a toser y a toser.

Elvira sale de la esquina donde está, para ver qué le pasa. Es un baile rápido. Otro implicado le da a la compañera un pañuelo manchado de sangre. Mientras como en una orquesta que desafina, sueltan «pedos y risas».

La tutora pide silencio y la algarabía crece. Mira asustada el pañuelo de sangre que sostiene Elena, la chica que tose en su mesa cercana a la pizarra. Aumenta su ritmo cardiaco. Sube el ruido. Uno de los protagonistas se levanta gritando.

—¡¡¡Sangre, sangre, sangre!!!

Otros arrojan palabras de pánico teatralizado .

—¡Que se muere!

—¡¡¡Ya basta, ya basta, ya basta!!! —La profe se confunde con la burla.

—¿Qué hacemos seño?

—¡No se puede dar clase!

Entre tanto revuelo, otro sube el volumen del vídeo que sigue proyectándose sin atención. El desconcierto se multiplica hasta que el grito largo y terrorífico de Elvira frena la jugada.

Toma 4

La profesora está con las manos manchadas de sangre. Se sitúa ante un pañuelo repleto de mentiras, con una alumna supuestamente asustada. Los móviles lo han grabado todo. Ángulos distintos para construir una «verdad falsa».

El profesor de inglés entra alarmado con tantos gritos. Se encuentra una escena que califica de manera errónea. Elvira está roja de ira, con manchas que conducen a Elena. Esta chica de 13 años comienza a llorar como una catarata que acaba de dar el salto en la primera fila de clase.

—¡Le ha pegado, le ha pegado! —dice una voz ingenua y dañina.

Esta sentencia abre más frases lapidarias. Elvira recibe piedras verbales sintiendo su final.

—¡Sí, le ha pegado, le ha pegado!

—Es verdad, le ha pegado, ¿no ves la sangre?

El profesor de inglés saca de la clase a Elvira preguntándole, qué ha pasado. Ella no es capaz de contestar. Se ha quedado muda. Solo siente la carga de su mochila personal. El docente entra de nuevo y se acerca a una Elena llorosa.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Dime .

La adolescente sigue llorando. Llora de verdad, por la mentira que es verdad o la verdad que es mentira. Le duele el pecho.

—¡Un momento, chicos! ¡Sentaos, por favor! Enseguida vendrá el profesor de guardia. Me llevo a la compañera para que la vean en la zona del botiquín escolar.

Dejan el pañuelo de sangre en la mesa, un cierre de «historia» digital. Un «estado» que aparecerá en millones de móviles como un disparo final.

Eva está sentada con sus 13 años en la última fila de clase. Eva, conoce la VERDAD.

Toma 5

El inspector educativo pregunta por décima vez a Elvira lo ocurrido. Sus cortas palabras no ayudan a liberarla de la condena. En solo una semana, los medios han acampado a las puertas del instituto. Recogen cada día frases sueltas de estudiantes y familias. Algún profesor se suma al circo.

Ya no comparten una noticia, comparten desinformación. Sin darse cuenta han construido una película de terror. Elena, la chica del pañuelo de sangre, sigue escondida en casa. Sus padres buscan culpables del pánico de la adolescente.

Este gigantesco enredo se convierte en una Torre de Babel. Cada persona habla un idioma distinto.

—¿Cuántas veces os ha maltratado la profesora de matemáticas? —Cuestiona una periodista apuntando con su micrófono armado a uno de los «cabecillas» de la clase.

—Muchas, muchas… en el curso pasado ya nos miraba mal —responde el chico como si fuera un juego.

La cámara se gira buscando al resto de los chavales.

—Es verdad, Elvira venía cada día más enfadada.

—Nos ponía cosas que no entendíamos. Y si le preguntábamos, nos gritaba .

—¿Habéis pasado miedo con vuestra tutora? —Arroja la periodista como una flecha que impacta en el centro, sin ser consciente de su puntería.

—Sí, sí, esa mujer está loca —responde otra adolescente que cree su mentira.

—Y la víctima, ¿cómo está?

—No lo sabemos, sus padres no nos dejan hablar con ella.

Nadie se hace verdaderas preguntas: ¿cuántas víctimas dejan estos vídeos rápidos en redes?

La periodista corre hacia una madre que en días pasados respondía bien.

—¡Señora, señora, por favor, un momento! ¿Qué han decidido desde la Asociación de Madres y Padres del centro?

—¿Qué vamos a decidir? Pedimos lo lógico, que esa profesora esté fuera de este instituto.

—Pero Elvira sigue en el centro, ¿no?

—Ese es el problema, que esta mujer aún sigue siendo profesora. Es un peligro.

—Bueno, yo me he enterado de que está de baja por ansiedad —responde irónicamente otra madre.

—Es una vergüenza, ¿a dónde vamos a llegar? —añade un padre cada vez más enfurecido.

—Verdad, ¿tenemos que esperar a que mate a algún alumno para echarla? ¡Qué barbaridad!

—Los ánimos siguen calientes porque la inspección educativa todavía no ha confirmado la expulsión de esta profesora de matemáticas, tutora de la clase —certifica la periodista mirando a cámara .

Noticia que se repite una y otra vez, una y otra vez en todas las televisiones. Noticia que sigue circulando por las redes sin control.

Toma 6

El miedo también crece en la sala de profesores. La preocupación de muchos docentes es que el instituto se convierta en un centro calificado de «difícil desempeño». Nadie busca la verdad. La directora, junto a los jefes de estudio y al secretario, se reúne con ellos por décima vez.

—Espero que el inspector confirme la expulsión de Elvira hoy.

—Sí, así la acampada de periodistas volará por fin.

—Esto está haciendo mucho daño a la imagen del centro —valora la directora con cansancio.

—Y Elvira, ¿cómo está? —pregunta el secretario.

Nadie responde. Todos agachan la cabeza. Los vídeos de la clase siguen circulando como «memes» traviesos y, supuestamente, inofensivos. La profesora de matemáticas grita y chorrea sangre, su boca se convierte en la de Drácula. Elvira saca colmillos devoradores.

Toma 7

El juego infantil del «teléfono» está en marcha. En el instituto y en los medios circulan enredos, que las redes sociales tejen con facilidad. La profesora de matemáticas grita, la profesora le pega a la chica, la profesora casi le arranca la cabeza. De un oído a otro circula el mensaje que crece por minutos con mayor exageración.

El último en la cadena de ese «teléfono» imaginario es el inspector. Parece que da igual lo que investigue. También, las veces que hable con la adolescente «agredida», porque la presunción de inocencia no existe.

Elvira mira el techo de su salón. Está tumbada en el sofá. Su casa parece una gigantesca jaula. Su marido desaparece más de lo habitual. Después de las discusiones de incomprensión por la noticia del instituto, ella vuelve a estar como siempre: sola. Los hijos no han llegado a ese hogar. Esta profesora cree que 1 + 1 son solo 2. En su casa se ha alojado la pena sin niños, no hay espacio para el 3 o el 4. Las cifras de sus matemáticas familiares se han enfriado.

A esta maestra le da igual lo que digan en el instituto. Su dolor es tan profundo que desea enterrarse en el sofá y no salir en mil años. Siente su mochila pegada a la espalda. Ni siquiera pregunta cómo está la clase o la chica del pañuelo de sangre. Todavía no ve más allá de su tristeza.

Toma 8

Eva ha visto todos los vídeos, todas las versiones del acontecimiento de moda. Tras tantas imágenes es imposible que Elvira sea inocente. Aun así, repasa antes de dormirse en su cama, pegada al móvil, lo que vivió aquel día. Confunde la realidad y la mentira, aunque en el fondo de su alma, la verdad está escrita.

Eva guarda con dolor esa verdad. La mayoría se cree la mentira. Se ha perdido entre los gritos, el vídeo proyectado, las risas y los lloros de Elena. La atención es un músculo muy delgado en la sociedad actual. No son capaces de reconstruir los hechos. Pintan solo el testimonio disfrazado de los «dirigentes».

Salta un mensaje a la 3:33 de la madrugada. Esa luz azul despierta a Eva. La chica saca el móvil de debajo de la almohada.

—La van a expulsar —este mensaje sigue con un sinfín de «emojis» asustados. Es la reacción de Salva. Este compañero comparte una mirada diferente.

Angélica también se despierta, ha cogido el móvil del escritorio cercano y entra en ese nuevo grupo virtual de 3 personas a las 3:33.

Toma 9

—Encontraremos algo —dice Salva mientras camina con Eva.

—Sí, esto hay que investigarlo bien —añade Angélica.

—¿Creéis que servirá para algo? —responde Eva sin apartar la mirada del móvil, aunque camine con sus dos amigos a los lados.

—Sabemos lo que pasó de verdad —reconoce Angélica con tristeza.

—Sí, es cierto, pero no hace falta que montemos un drama —recomienda Salva estirando sus labios— ¿una sonrisita?

Las chicas levantan la mirada de los móviles para hacer una mueca falsa. Este gesto se convierte en el siguiente *selfi*. Una nueva foto que se suma a la red de redes.

En esa imagen de los tres se aprecia algo diferente al fondo. Un detalle del jardín de entrada al instituto, que ninguno percibe, de momento…

Toma 10

Después de la tormenta, efectivamente llega la calma. Así entra Ana en clase. Nadie la espera. Las horas de matemáticas se han convertido en cambio de profes de guardia. Parece que viene caída del cielo con un paraguas, un paraguas mojado por la poca lluvia otoñal de noviembre.

Un mes para cerrar la expulsión de Elvira, la anterior tutora, la «agresora». Un tiempo donde los móviles han jugado a su antojo, en esas horas raras sin maestra de mates. Ni siquiera la prohibición de sacarlos en el instituto ha frenado a los «cabecillas» del vídeo. Estos chicos se sienten protegidos tras las pantallas. Preparados para su siguiente éxito con las cámaras.

El botón de acción lo pone Ana. Su sonrisa ancha frena el ruido.

—¡Hola, hola grupo! ¿Qué tal? —Arranca la nueva tutora sin forzar su boca manteniendo la sonrisa.

Chicas y chicos se miran, y como una ola suave se hace el silencio.

—¿Tú quién eres? —lanza el principal creador del vídeo de Elvira.

—Muy buena pregunta. ¿Y tú? —contesta sin ironías Ana.

—¿Yo? Yo soy «YO» —y se ríe como si hubiera dicho algo divertido mirando al resto, que sigue su carcajada forzada.

Eva es la única que no mantiene la risa falsa. Angélica y Salva se funden con el resto del grupo, pero Eva, Eva no puede con ese juego. El chico identificado como «YO», lo percibe.

—Interesante, a partir de ahora, si me lo permites, te llamaré así, ¿vale? ¿Mola o no mola? —cuestiona Ana sin soltar su sonrisa.

—Mola —responde el chico sintiéndose más «YO» que antes.

—Gracias, «YO». Me llamo Ana y soy la nueva profe de matemáticas y vuestra tutora.

Un revuelo de *«Oooh»* cruza la clase.

—Creíamos que no vendría un sustituto hasta después de Navidades —contesta otro de los «cabecillas» del vídeo.

—Me he adelantado, me gusta viajar en el tiempo —expresa Ana con tanta naturalidad, que parece que lo dice de verdad. Esta profesora baja la mirada y se encuentra en la primera fila con los ojos apagados de la chica de la sangre.

—Perdona, ¿cómo te llamas?

—Elena.

—Muy bien, vente aquí a la pizarra que vamos a escribir juntas unas ecuaciones chulas —certifica Ana contenta.

Los *«Oooh»* y los *«vaya rollo»* se reproducen con menor volumen. Esa profesora recién llegada tiene algo que no saben describir.

Elena levanta su dolor hacia la pizarra. Desde la vivencia con Elvira se ha dejado un trozo de corazón herido. La verdad mentirosa le duele en el alma.

Toma 11

Ana parece un hada que lee el pensamiento de los estudiantes. Aunque el chico llamado «YO» la ve más… como una bruja. No se atreve a plantear ese calificativo.

En una semana han repasado temario. Ahora se preparan para avanzar en matemáticas. La estrategia del grupo del «cabecilla» es que los números no se compliquen.

Cuando sacan sus mentes de los móviles, las usan para buscar en los dispositivos bromas pesadas con las que asustar a la nueva «seño».

Eva parece que no se entera de nada. Está pegada a la pantalla en cada minuto libre entre clase y clase. Lo saca ocultándose, como la mayoría. Sigue los pasos del grupo «malote» en digital y en directo. Ve sus vídeos en redes. Supervisa cada comentario. Sabe que se acerca una nueva tormenta. Su conexión se pierde cuando entra Ana.

—Eva, por favor, repasemos el problema de la bailarina —señala la profe de matemáticas indicando que salga a la pizarra desde el final de la clase.

—¿Yo?

—No, lista, yo soy «YO» —responde rápido y con risas que contagian la obligada carcajada.

—Cierto, yo es «YO» —corresponde Ana con su amplia sonrisa. Esa respuesta engrandece a este chico. No aprecia cuál es el siguiente paso de la profesora. —¿Y tú quién eres?

—Eva —contesta sin querer levantarse aún.

—Evita —responde «YO» bromeando de nuevo.

—Creo «YO» que Eva, no «evita» salir a la pizarra, ¿verdad? —corta Ana como quién lleva siglos manejando una espada sagaz. Habla a una velocidad que genera un silencio mágico, hasta que la adolescente llega con miedo al principio de la clase.

—¿Quién eres, Eva? —Vuelve a insistirle la profesora mientras la chica sujeta el rotulador para manchar de tinta la superficie blanca de la pizarra.

—Puede que se crea «YO» —insiste el «malote» divertido.

—¿Tú eres tú o «YO»? —le pregunta con un juego de palabras Ana, mientras apunta en la pizarra una fórmula que usaron para resolver el problema de una bailarina y sus horas de entrenamiento.

—No sé —responde Eva aturdida con tanta cuestión extraña.

—Esa respuesta no está en los vídeos de redes, ¿verdad? —sentencia

Ana dirigiéndose a otra chica cómplice que graba con su móvil oculto. Lo tiene escondido en sus mallas apretadas, delante de su ombligo y solo deja el ojito de la cámara acechando el éxito de algo viral.

—Por favor Andrea, dame tu móvil —dice la tutora.

Sus palabras impactan en el inicio de grabación de «YO» y su equipo. Todos frenan las manos escondidas bajo las mesas .

—¡Yo no estoy grabando! —responde con agresividad Andrea.

—Bien, por eso, sácalo de tus pantalones y abre el último vídeo —indica con infinita paciencia Ana, sin perder ni un milímetro de su sonrisa.

—Eso es mi intimidad, seño: ¡¡¡No puede verlo!!! —contesta la chica subiendo el volumen con nerviosismo.

—¿De verdad te crees eso? ¿Necesitas que te traiga la normativa europea completa? ¿Te la dicto?

La chica pone el móvil encima de su mesa, esperando que la profesora lo encienda.

—Creo que no me he explicado con claridad. Abre el último vídeo que has grabado por favor —pronuncia Ana con una mirada profunda.

Todos esperaban que la maestra tocase el móvil y se quedara bloqueada con el patrón de seguridad. Sin embargo, se frena la carcajada. El silencio es extremo.

—¿Cuántos años tienes?

—14, sabe que soy repetidora —muestra con enfado creciente la chica.

—Resolvamos un problema de matemáticas. Los menores de edad tienen por supuesto derecho a su intimidad, pero, hay un «pero» que matiza lo anterior: pueden ser supervisados por sus tutores legales.

—Pues usted no es mi madre.

—Háblame de tú, por favor Andrea, gracias. Y buena apreciación. Habrá que llamar a tu madre para que quite el patrón de seguridad del móvil y me permita ver el último vídeo.

Toma 12

El minuto de miradas entre la nueva profesora de matemáticas y la alumna con el móvil se hace eterno.

Por fin, Andrea abre a golpes la pantalla, quita el bloqueo y le muestra el último vídeo donde Eva parece una «ratita» atrapada en la pizarra.

—Gracias Andrea. El delegado te acompañará hasta la jefatura de estudios. Allí se seguirá el procedimiento pertinente por grabar en clase.

—¿Me está echando? ¿Me van a expulsar por una tontería?

—A veces cometemos acciones inadecuadas y no podemos borrarlas —explica Ana con su sonrisa permanente.

El sudor recorre a los estudiantes. Eva está pegada a la pizarra con un miedo desconocido.

Ana mira a «YO» y «YO» mira a Ana. Un desafío de miradas que termina en una tregua. El tsunami se disuelve en una ola de solución.

—¿Qué hacemos, grupazo? —cuestiona Ana con los ojos en «YO».

—Borrar el vídeo —responde «YO» asumiendo la derrota.

—Sí, hombre, ¿por qué voy a borrar mis vídeos? —responde Andrea sin ser consciente de que la ola la ahoga.

—Te está dando una oportunidad, tonta. Borra el vídeo.

—Recuerda «YO», que nos hablamos bien y también con el resto. No creo que Andrea sea tonta, quizás ha cometido una tontería, ¿verdad? —cierra Ana mientras Andrea borra el vídeo y apaga el móvil entre gestos agresivos.

—Déjalo en tu mochila, por favor.

La chica echa chispas de enfado. Actúa atrapada en su propia trampa. Ana continúa como si no hubiesen estado a punto de naufragar.

—Sigamos Eva, ¿cuántas horas necesita la bailarina para conseguir su sueño? Y después, si te apetece, me respondes a la primera pregunta.

—¿Qué quién soy? —recuerda Eva en voz alta sin encontrarse.

Toma 13

—¿Quién soy?

Repite Eva en el vacío de su habitación. Sin su hermano con quién discutir, sin amigos con los que reír. Sola, sigue pegada al móvil. Está a punto de preguntar en el buscador de turno: ¿quién es ella?

Era una chica que le gustaba... ¿Te acuerdas? Lo vimos en la Toma 1. Le gustaba pintar, le gustaba leer, le gustaba jugar al baloncesto, le gustaba escribir, le gustaba mirar la lluvia…

¿Qué le ha pasado a Eva? Estas preguntas están dentro de su cabeza, como nuestra conversación. ¿Para quién es la pregunta, para Eva o para ti?

¿Quién eres? ¿Te lo has preguntado? ¿Lo sabes?

Eva deja la rayada de su cabeza hablando en voz alta en su habitación de casa de papá.

—Me gusta pintar. Sí, me gusta pintar en las paredes, en las pizarras, en el ordenador, en la tableta… —una sonrisa leve aparece en su rostro —me gustaba.

Un mensaje interrumpe su visualización, un recuerdo de su infancia, cuando pintaba detrás de las puertas de los dormitorios hasta que su madre la castigó. Eva también ve el día que cambió su vida por un dibujo en el cole para su amigo Salva. El chico parece sentir su necesidad de compañía.

—Tía, te has librado de una buena —escribe Salva (sin tantas letras como tú puedes leer en este mensaje al móvil de Eva). La chica se ilumina como la persona que recibe un rescate de última hora.

—Sí —responde Eva (sin tilde, aunque mi corrector de escritora se la ponga).

Cualquier imaginación se para. Todo se reduce al móvil. Eva confunde sus dedos rápidos tecleando mensajes con su alma atrapada. Se cae en una conversación digital con Salva. Busca salvación. Solo encuentra la versión tecnológica de su amigo.

—Si la profe no se da cuenta de la grabación, ahora estarías muerta en redes, rodeada de «memes» horrorosos —dramatiza Salva con *emojis* heridos y hundidos.

—Puede.

—O serías famosa, jaja… —las carcajadas llegan al móvil con caritas artificiales llorando de la risa.

—¿Quién soy?

—Eva… —le responde Salva sin entender lo que le pasa a su amiga. Cree que se está rayando más de la cuenta.

La «felicidad» está atrapada en un pequeño rectángulo brillante: el móvil.

Toma 14

Eva está dibujando con entusiasmo. Le ha pintado unas orejas raras al niño que le gusta. Parece un Elfo. Mientras colorea, se muerde suavemente la lengua. Es un gesto que también hace su padre. Este recuerdo de sus 6 años está presente. Ahí ella juega todavía en Primaria. El salto al instituto está lejos y el móvil aún no ha aterrizado en sus manos.

—Mira, ¿te gusta? —le ofrece el dibujo a su padre como una campeona. Se siente pletórica.

—Sí, está bien —responde sin mirar la obra con su móvil pegado al oído.

—Pero si no lo has visto, mira —vuelve a mostrarle Eva.

El padre pone una señal de stop en su mano, impidiendo que su hija hable más, y se aleja por el pasillo atrapado en una conversación telefónica.

Eva arruga la boca. Entra en su corazón algo de desánimo. Aun así, emprende el camino hacia el salón. Allí está su madre. También habla con su móvil. Envía un audio a un amigo.

La niña muestra su dibujo sin decir nada. Se vuelve a encontrar un gesto que le pide distancia. Cuando termina, responde de forma abrupta .

—¿Aún no te has puesto el pijama? Venga Eva, vamos a cenar. Deja de perder el tiempo en tonterías —certifica su madre.

El papel del dibujo de su enamorado Elfo se arruga en su interior. El colorido se apaga. No es la primera vez que sus obras de arte se quedan sin miradas reales.

Toma 15

Eva mira el dibujo de un Elfo en el móvil. Se lo ha encontrado por «casualidad» en el camino hacia el instituto. En el coche de su padre tiene tiempo para bucear en las redes sin reprimenda. Desde que se separaron hace unos años, ella se siente más invisible. Solo cruzan palabras cortas, algunos monosílabos.

—¿Todo bien, Eva? —lanza su padre antes de aparcar en la esquina del centro educativo.

—Sí.

—Vale.

Eva está a punto de soltar el móvil para decirle algo más a su padre, pero nuevos mensajes atrapan su atención. Intercambian besos sin sentido, a una velocidad que no dejan marcas de cariño.

El móvil cuenta los pasos hasta la clase. Los ojos de Eva no ven otro recorrido. La pantalla le ofrece un mundo que no tiene. Prefiere repasar el tema de lengua desde el dispositivo antes que abrir el libro de la mochila. Eso es tan pesado…

Faltan 15 minutos para que comience la primera hora de la mañana, y ya ha pasado mucho tiempo conectada. Solo levanta la mirada cuando sus amigos irrumpen en el aula. Pocos llegan tan temprano. Salva camina realizando un desfile de modelo de pasarela con gestos de pose, mientras lo sigue Angélica grabando con su móvil. El chico tropieza y la carcajada se digitaliza. El saludo es a través de las pantallas. Allí se ríen juntos con el nuevo vídeo pendiente de subirse. El alimento para el desayuno del móvil, que devora sus vidas.

Toma 16

Falta el teclado y el ratón para conectar la pizarra digital del aula. Eva, Salva y Angélica se dirigen a la secretaría del centro para recoger ese material. Caminan con la habilidad de no despegarse del móvil y al mismo tiempo de ocultarse. Parece un baile divertido de meterse detrás de las columnas. Hay profesores que pueden llamarles la atención por estar conectados en los pasillos.

La ventanilla de secretaría tiene cola. El ruido crece con el inicio de la jornada. Aún así Eva escucha la voz de la profe de matemáticas en un despacho cercano. Les hace gestos a sus amigos y los tres se adentran en otro pasillo. Miran un tablón de anuncios para disimular. Es la primera vez que se fijan en esos elementos de papel.

Salva se emociona, porque descubre un evento musical que le llama la atención. Angélica observa las notas que necesitarán para futuros estudios. Le parecen bárbaras. Y Eva, Eva mira sin mirar. Solo escucha a Ana.

—Ellos no pueden enterarse. El experimento saldría mal —corta la directora.

—Cierto. ¿Y si después las familias tumban el proyecto? —solicita Ana.

—Habrá que pedir los permisos necesarios —reconoce la directora del instituto cansada con la conversación .

—Está bien, puede ser una solución para mi clase —valora Ana con su habitual sonrisa.

Eva la escucha gracias a la puerta entreabierta. Los pasos de la directora hacen que los tres chicos claven los ojos en el tablón de anuncios, como si fuera una pantalla gigante.

Pasan desapercibidos. Eva no puede evitar coger el móvil de su pantalón y ponerse a grabar las palabras de la tutora cuando camina hablando sola por el pasillo en susurro.

—Lo conseguiremos, sí. Conseguiremos despertar. Estamos en las puertas de la «Sociedad Arcoíris». Estos chicos se merecen otro mundo más coherente. Gracias Universo.

Eva no entiende nada de lo que ha dicho Ana. Observa en unos segundos un libro que lleva la profesora junto a sus carpetas. Cree leer el título de «Estrella Mágica». Ahí reacciona de repente a la velocidad de la luz. Van tarde. Los tres casi se teletransportan a la cola de secretaría para pedir las herramientas digitales que faltan en clase. Ahora están a salvo.

Toma 17

Eva acaba de cumplir 7 años. Le han regalado muchas cosas, la montaña inunda su cama. Sus ojos se iluminan con las ceras y los rotuladores. Tras tanta fiesta, le sobra azúcar y le faltan juegos.

Está detrás de la puerta de su habitación. Dibuja un jardín de colores. Unas plantas que parecen un arcoíris. Está orgullosa de su cuadro. Le falta algo, quizás un Elfo… lo dibujará mañana, o quizás, no.

Toma 18

Eva dibuja cartulinas escolares. Ayuda a muchos compañeros. Aún se atreve a pintar. Aunque acumule broncas en casa y en el cole. Salva la mira con ilusión. Con 7 años coinciden juntos en esa clase común.

Eva le ofrece una sonrisa, Salva muestra sus dientes cambiantes con alegría. Las palabras no pueden expresar esa conexión infantil.

¿Qué crees que hace, Eva? Sí, te pregunto a ti querido lector.

Le dibuja… ¿qué le dibuja a Salva?

Toma 19

Eva le dibuja un Elfo verde guapísimo. Este ser mágico está rodeado de un jardín de colores. El problema es que esta obra está atrapada en una mesa del cole.

—¿Te gusta? —le dice Eva a Salva con infinito cariño terminando de pintarlo.

—Sí, me gustaría llevármelo a casa —reconoce el chico de 7 años con ilusión.

—Movamos la mesa, quizás nadie se dé cuenta.

Eva y Salva empujan la mesa verde tratando de sacarla de clase. No es muy grande. Sí es algo pesada para ellos. Cuentan con unos minutos de tregua. Todos están en el recreo. Hay fiesta especial del agua en el patio. Las maestras de ambos creen que están recogiendo el desayuno de la mochila.

La mesa ha cruzado el umbral de la puerta. Los chicos se sienten victoriosos. En primaria no hay cámaras para fotografiar el dibujo de la mesa. Eso es algo que no han pensado ellos. Los móviles aún están lejos de sus vidas, aunque los vean continuamente en las manos de los adultos.

—Podemos esconder la mesa al final de la biblioteca —sugiere Salva con atrevimiento.

—Es verdad, casi nunca entramos allí. Nadie se dará cuenta —cierra Eva con una sonrisa luminosa.

Eva agarra una parte y Salva otra. Se sienten rescatadores de un tesoro. El pasillo es largo para sus miradas. Faltan unos pasos para la biblioteca, cuando Diego, el maestro de 4ºA sale precisamente de ese aula. En lugar de girar a la derecha y perderlos de vista, se mueve a la izquierda de manera intuitiva y los ve.

Una cámara lenta impacta en sus vidas. Los chicos sueltan asustados la mesa en el suelo. El ruido de la caída y el grito de Salva, alertan a otras maestras.

Eva solo piensa en salvar a Salva. Con los nervios le ha caído una de las patas en el dedo pequeño del pie izquierdo. El calzado primaveral abierto no ha ayudado a frenar el golpe.

—¡Chicos! ¿Qué estáis haciendo?

—¿Qué pasa?

—Veamos el pie de Salva.

Frases rápidas que se suceden entre el profesorado que mira el dedo

colorado del chico sentado en el suelo. Este accidente no deja un hueso roto, aunque sí, una obra muerta.

Toma 20

Hace muchos años que Eva dibuja a escondidas. Antes pintaba alguna hoja perdida en un cuaderno. Ahora el móvil ocupa ese tiempo en los breves descansos. También en casa los pinceles han desaparecido.

Angélica ha conseguido soltar el móvil, mientras llega la profe de mates. Se levanta en dirección a Eva. Están en esquinas distintas de la clase de secundaria como manda la tutora.

—¿De qué estaría hablando Ana con la directora? —lanza Angélica a su amiga pegada al móvil.

—Calla —corta rápida Eva, saliendo de la pantalla.

—¿Por qué me voy a callar? Tengo curiosidad.

—Porque es un misterio —sugiere Salva que se ha sumado a la conversación de manera silenciosa tras dejar su móvil en la mochila.

—Hablamos en el recreo —expresa Eva intuyendo que las paredes escuchan, aunque el ruido sea elevado. Aún más con las pantallas lanzando músicas que desaparecerán en unos segundos de forma abrupta.

3,2,1… los pasos de Ana han desembarcado en una de las puertas de clase. La gente se sienta progresivamente. Algunos entran desde el pasillo alborotado .

Entre tanto caos, «YO» se ha ocultado tras su móvil para grabar al trío. Investiga a Eva, a Salva y a Angélica. Es su entretenimiento, ya que no consigue sacar un nuevo vídeo viral de maestros.

Toma 21

La profe de mates ha dado una clase rara, aunque no se extrañan del comportamiento diferente de Ana.

—¿Quién tiene móvil?

Todos levantan la mano, 29 almas de entre 13 y 14 años con sus dispositivos preparados para saltar.

—¿Podemos sacarlos seño? —cuestiona veloz «YO» con el móvil.

—Hoy no es necesario. Sabéis que la normativa del centro requiere un aviso previo a vuestras familias de que vamos a usarlo.

—Sí, pero como ha preguntado —insiste «YO» encantado de que su mano se adapte al móvil, una extensión de su brazo.

—Tranquilo, os avisaré con tiempo. Puedes guardarlo, por favor.

«YO» se rinde sabiendo que ha perdido la batalla. Guarda el móvil en la mochila con rechazo.

—Vamos a hacer un programa de mates distinto. Salva por favor, vente a la pizarra.

Eva se pone nerviosa. Desde primaria trata de proteger a su amigo. Salva es un chico libre. Con toda la libertad que se puede acumular en un mundo tecnológicamente supervisado. La pizarra no es un lugar que le incomode.

—Gracias Salva —responde Ana entregándole un rotulador azul para que escriba.

—¿Qué pongo, seño?

—¿Cuántas horas usas el móvil al día?

—No lo sé —responde con espontaneidad Salva mientras se levanta una carcajada suave.

—¡Suspendido, «illo»! —irrumpe «YO».

—Aún no le he puesto nota. Vamos a darle tiempo. Esta pregunta quiero que la contestéis en el cuaderno.

Un *«oooh»* recorre la clase. Sacan folios, libretas arrugadas, *bolis cansados* y se preparan para apuntar lo que dicte Ana.

—Responded, por favor…

Nadie suelta tinta en los papeles. Tampoco Salva sabe que poner en la pizarra.

Ana comprende la realidad. Es el grupo etiquetado como «malo, horrible, pésimo…». Es el grupo en el que los profes entran con cautela. Temen que se repita el accidente de Elvira, la maestra

expulsada.

Todavía faltan algunas semanas para las Navidades. Ana elige este ejercicio como tarea de casa por escrito: ¿cuántas horas pasas al día con el móvil?

Este ejercicio también es para ti. Apúntalo, por favor.

¿ Cuántas horas pasas al día con el móvil o el celular?

No lo tienes claro. Vale, comienza por instalarte una aplicación que cuente los minutos y las horas que usas este aparato.

¿Y en qué aplicaciones pasas más tiempo?

Además, anota el tiempo en otras pantallas: tabletas, ordenador, televisión…

Te ayudará a entender mejor la historia de Eva.

Toma 22

El recreo se les ha quedado corto a los tres. Eva se cae en la pantalla y habla al mismo tiempo con Salva y Angélica. Su amiga incluso le ha quitado el móvil para que la escuchara con atención. Lo único que ha conseguido ha sido un empujón que Salva ha frenado. Eso sí, han quedado por la tarde físicamente. Algo especial.

—Antes de que entremos —propone Eva —quedamos en el parque central que tiene wifi.

—Tía, está más lejos —corta Angélica aún molesta con su amiga.

—¿Otra vez te has quedado sin datos? —comprende Salva.

—Sí.

—Pues esta vez te has fundido millones de gigas en una semana —le recuerda Angélica.

—Insístele a tus padres por tarifa ilimitada —sugiere Salva.

—Sí, esta tarde te invito a casa de mi madre para que le des el discurso. Y mañana al piso de mi padre. ¿Te parece bien? —responde con ironía sin levantar los ojos del móvil para mirar a su amigo.

—Tranquila, yo te comparto datos —expresa Salva tratando de evitar el conflicto.

—Vale, en ese caso, en el parque de las bicis —cierra Eva publicando otra vez la foto *selfi* que se hicieron los tres hace unos días frente al jardín del insti.

—Tía, esta foto tiene algo —insiste Salva.

Toma 23

—Menos mal que me he traído el chaquetón, hace frío —reconoce Angélica abrigándose en el banco que está frente a los columpios.

—No es para tanto, nena —corta Salva.

Eva sigue mirando su móvil. Solo levanta la cabeza de la pantalla levemente.

—¿Sabéis que tiene la foto *selfi* del jardín del insti? —cuestiona Salva.

—Que salimos muy guapos los tres —responde Angélica haciendo una broma.

—Nooo, bueno, sí, guapos estamos, digo, somos guapos —aborda Salva con una carcajada.

—¿Qué tiene? —añade Eva enganchada al móvil, aunque con curiosidad.

—Un Elfo verde… —ríe Salva como si fuese clave.

Eva pierde la seguridad del móvil entre las manos. Se pone tan nerviosa que se le cae al suelo.

—¡¿Qué?! —interrumpe rápida Angélica.

—Tú no puedes entenderlo Angélica, porque no has visto uno, pero yo sí y Eva también, ¿verdad ?

Eva recoge piezas de dolor de su puzle personal, aunque parece que atrapa el móvil. No le preocupa la caída del aparato, es una herida más profunda.

—¡Miraaa! —Salva enseña la foto *selfi* de los tres ampliada. Eva está conectada a su móvil como una vía médica que la alimenta. No mira.

—Yo no veo nada, te estás quedando conmigo tío —corta Angélica mostrando morritos.

—¡Miraaa otra vez!

Angélica coge el móvil de su amigo. Se pasa unos segundos observando la foto sin encontrar nada.

—Yo solo veo yerbas. Algunas muy bonitas, parecen plantas arcoíris —explica Angélica como si el descubrimiento fuera inocente.

—¡Ya vale! Hemos venido a investigar lo de Ana, la de mates —frena Eva nerviosa.

—Un momento, ¿no te acuerdas? Casi me rompo un dedo del pie y ¿no lo recuerdas?

—¿De qué estáis hablando?

—De nada.

—Oye, ese día lo pasé mal —frena Salva.

—¿Tú lo pasaste mal? ¡Yo peor! ¡Horribleee! ¡El peor de mi vida! ¡¡¡Rompí todos mis dibujos!!!

Angélica y Salva se sorprenden con los gritos de Eva, no suele elevar la voz. También porque ha dejado de mirar el móvil, aunque lo agarre con rabia en una de sus manos.

—Lo siento —confiesa Salva con cariño —ese día fue terrible, pero me hiciste el dibujo más guapo de la historia en una mesa del cole…

—¿Qué pasó? —pregunta intrigada Angélica.

—Te lo cuento —responde Salva preparado para narrar una aventura esencial en su vida. Y no fue por su dedo herido.

Toma 24

Eva y Salva vuelven a tener 7 años. El chico se ha enamorado en unos minutos del dibujo de su amiga. Por eso le duele más el agua que borra la pintura de la mesa que el pie. Las maestras lo han atendido y tiene puesto hielo en el golpe, mientras llegan sus padres a recogerlo.

Eva espera en el banco de enfrente a su familia. Parece que ella no tiene dolor, aunque se encuentra rota. No quería que su amigo se hiciera daño. Y tampoco esperaba perder su dibujo. En esa infancia esconder la mesa en la biblioteca era posible.

Se supone que tendrían que estar felices, es la fiesta del agua del cole, sin embargo, se sienten como dos náufragos. Eva ha tratado de impedir que fregaran la mesa y la devolvieran a clase vacía. Salva se ha incorporado como podía arrastrando su pie para protestar por lo mismo.

—¿Será posible? ¡Para Eva! Podía haber pasado algo peor. Afortunadamente Salva creo que no se ha roto el dedo. No se puede jugar con el material escolar. Además, tampoco se puede pintar en las mesas. Es de mala educación.

Da igual que la seño le recordara que tiene libretas para dibujar. Eso era un eco de fondo, mientras observaba el borrón de la mesa. Un arcoíris derretido entre el verde que iba muriendo en la bayeta de limpieza. Tampoco se distinguía ya al …

—Te prometo que yo me acordaré del Elfo verde siempre —le dijo Salva con la cara llena de churretes por el llanto de dolor del pie. Esas lágrimas miraron a las lágrimas de Eva. Las suyas caían sin sonido, como quién acaba de perder gran parte de su vida.

No les dio tiempo abrazarse, un maestro le indicó a Salva que se sentara con el pie en alto. El padre se asomaba por la puerta del centro a gran velocidad preparado para lo peor. En realidad, solo tenía un dedo hinchado, que viviría distintos colores oscuros menos atractivos que el dibujo de Eva.

Toma 25

—Menuda aventura —confiesa Angélica riéndose —¿cómo se os ocurrió robar la mesa? Vaya dos. Todo por un Elfo verde —y su risa se hace grande.

Eva está sudando en un otoño que se aproxima al invierno. Cree que el móvil la protege. Se oculta con la pantalla. Ha subido el volumen de sus auriculares, aunque solo lleva puesto uno.

—No, perdona. Te equivocas Angélica. Todo por un espectacular Elfo verde… —corta Salva como haciéndose el teatrero.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestro *selfi*?

—Las plantas que tenemos detrás se parecen en algo al colorido de aquel dibujo —narra Salva sin bromas, mirando fijamente la foto.

Se produce un silencio raro entre los tres sentados en aquel banco de parque.

—¿Ves, Eva? No me he olvidado de nuestro Elfo verde.

—Pues sí que te impactó el dibujo para acordarte tantos años después —comenta Angélica sin entender aún el significado de aquella vivencia.

Eva no encuentra una salida en el móvil para borrar ese momento. Quiere eliminar la emoción como quien elimina una foto mala. Las lágrimas recorren su interior, aunque sus mejillas estén secas.

Angélica intuye que es importante para su amiga. Mantiene silencio. No quiere herirla más. Salva hace lo mismo proponiendo una foto de los tres para rebajar la tensión.

En ese nuevo *selfi* Eva se vuelve transparente. No mira a la cámara, aunque eso no es extraño. Muchas poses de espalda son obras de arte. Teme mostrar su esencia. Cierra sus ojos y enciende otra vez la pantalla.

Toma 26

Eva ve pasar sus 7 años en la pantalla del coche tras el incidente de la mesa pintada. Sabe que está en una tormenta que no terminará bien. Los gritos recorren el camino a casa. Eva está sentada detrás de su padre en el coche. Su madre conduce. Los dos han elevado el volumen, aunque estén al lado.

—¡Hace lo que quiere! ¡Ese es el problema!

—¡Eso no es verdad!

—¡Cuando tengo que ampliar las horas de trabajo, Eva hace lo que le da la gana! ¡¡¡No la controlas!!!

—¿Tengo que ponerle un reloj con alarma para vigilarla cada minuto?

Hablan de Eva como si no estuviese sentada en los asientos traseros del coche. En realidad, el miedo de la niña la derrite. Le gustaría desaparecer en ese instante.

—El otro día encontré otro dibujito detrás de la puerta de su habitación. ¿Eso significa que la controlas?

—No lo he visto. Pero, ¿qué problema hay? ¡Es una niña! Se pinta la habitación y punto —termina la frase contestando al mismo tiempo a un mensaje de su móvil.

—Eso digo yo, punto y aparte. Se acabó…, te importa más es e maldito teléfono que tu hija y yo —sentencia la madre.

—¿Qué quieres decir? —corta el padre sintiendo que su vida se ha roto en pedazos, aunque no suelta el móvil para recogerlos.

El coche frena bruscamente, la conductora y el copiloto no miran casi los semáforos en rojo. Esta pareja solo ha coincidido en recoger a la niña del cole tras el percance del dibujo. No es una expulsión, es una salida preventiva por la rabieta que ha montado tras el borrado de la pintura de la mesa. Y también por el dedo morado de Salva.

Toma 27

Las maletas de su familia alarman aún más el dolido corazón de Eva. Se ha quedado dormida tras llorar en su cama con su hipopótamo de peluche verde. La noche no trae cena con dibujitos de tele. Le han dejado un *sándwich* en una bandeja en su escritorio.

No tiene hambre, solo miedo de que no la quieran. Eva decide que no volverá a pintar Elfos verdes, ni nada. Rompe sus dibujos. Incluso borra los que tiene debajo de la cama pintados en el suelo.

Escucha a sus padres llorar. Su madre se seca las lágrimas como puede. Ella cree que es culpable de la separación inminente. Le encantaría pintarles un paisaje, una casa, una familia… hasta un columpio para que fuese divertido, como nos cuenta el escritor Eloy Moreno en una de sus prodigiosas novelas.

Eva suelta lágrimas silenciosas mirando por la grieta de su puerta. Una pequeña apertura para ver a sus padres. Ante el portazo de cierre de uno de ellos, se asusta. Se mira las manos manchadas de tinta. Y sale corriendo al baño tapándose la cara para lavárselas hasta que arranque el último recuerdo del arcoíris .

Unos meses después

Tras la separación de sus padres, Eva se encierra no solo en su cuarto, también en su alma. Una de sus abuelas, propone con buena intención, sacarla de su tristeza con una tableta. Este dispositivo tecnológico despierta la primera leve sonrisa de la niña. Con casi 8 años emprende su aventura digital. Ya hacía sus pinitos con los móviles de sus padres. Lo primero que crea es un dibujo. Ahí no hay tinta que se escape y manche. Cuando ve en la pantalla un Elfo verde rodeado de colores, rápidamente lo borra y se pone a buscar vídeos de pinturas llamativas. El control parental del aparato no interfiere con eso, aunque sí, con su fantasía. Deja de plasmar nuevos mundos y pasa solo a ver dibujos digitales sin flores.

Toma 28

La clase de Ana levanta ampollas. Nadie cree que gasta 6 horas diarias en el móvil. El problema de matemáticas demuestra que pasan más de 2.000 horas al año enganchados. Son casi 3 meses de sus vidas completamente conectados.

—Eso es mentira —corta «YO» con el móvil en la mano señalando un vídeo de una red de moda, donde hablan de un uso responsable de las tecnologías.

—Guarda el móvil, por favor —interrumpe Ana con precisión.

—Pero seño, aquí lo dice, cada día somos más buenos —él mismo no se cree la mentira digital y suelta una carcajada irónica, mientras apaga la pantalla para guardarlo en la mochila.

—Si paso 6 horas diarias, casi no me queda tiempo para dormir mirando el celular —añade molesta Esperanza, una chica que ha llegado de Colombia hace unas semanas.

—¿Dormir? ¡Tanto dormir, dormiremos cuando estemos muertos! —añade uno de los «malotes» provocando una risa nerviosa.

—¿Quién se ha acostado más tarde de las 3:00? —cuestiona la profe .

—Media clase levanta la mano.

Ana guarda su siguiente pregunta. No se atreve a lanzar si se han acostado más tarde de las 5:00 de la madrugada. Teme comprobar que se han dormido a esa hora, cuando se levantan a las 7:00 para acudir al instituto. Desea encontrar soluciones a esa peligrosa falta de **sueños**, tanto en la cama, como fuera de ella.

Toma 29

Eva quiere averiguar: ¿qué trama la seño de mates? Esta vez va casi, a cara descubierta, protegida por su móvil, seguida de Salva y Angélica. Los tres se adentran en los pasillos para llegar hasta la sala de profesores. Allí, esperan la conversación. Ahora no se ocultan, escuchan con interés a unos escasos metros como si estuvieran esperando algo.

—Es la solución Ana, de verdad, deja de buscarle problemas —le indica la directora a la profesora de matemáticas.

—¿Tú crees? Tengo mis dudas con este estudio científico.

—Llevas un mes pidiendo soluciones para el abuso de los móviles. Te propongo esta oferta de la Universidad y todavía la pones en duda.

—Es que no me queda clara la gente que está detrás de la investigación —reconoce Ana escuchando su intuición.

—Esa gente, como dices, son profesionales de la Facultad de Psicología que nos ofrece además este recurso de manera gratuita.

—Sí, es verdad, perdona. Me encargaré de poner en marcha las pruebas.

—Estupendo Ana, gracias.

La conversación no sigue, porque Salva interrumpe pidiendo participar en esa aventura. Los chicos quieren saber, ¿de qué va ese estudio? Eva por fin toma la palabra, apretando su móvil. El aparato está a punto de reventar en sus manos nerviosas.

—¿Nos gustaría saber de qué va y ayudar?

—Mira, aquí tienes voluntarios para el estudio. ¿No necesitabas a tres alumnos? —le recuerda la directora mirando a la profe con sensación de liberación.

—Sí, es cierto. Un momento, chicos. Os explico a última hora, si os quedáis unos minutos.

—Yo no puedo —corta Angélica —perdería el autobús.

—Te puede llevar el padre de Eva en coche —recomienda Salva.

—No, hoy me toca con mi madre y voy andando —reconoce Eva.

—Está bien, lo veremos mañana.

—¡Nooo! —responden a trío.

—Valeee, ¿qué tenéis a quinta hora?

—Lengua —certifican los tres con una sonrisa.

—Os sacaré de clase pidiéndole permiso a vuestro profe. Hasta

entonces, toca esperar.

Esperar, esperar, esperar, cuando le das a un botón y se abre el resultado. Ese verbo genera extrañeza en los tres, aunque con el consuelo de que no es un día, es una hora eterna y unos pocos minutos.

Una hora de educación física donde desconectar de las máquinas y conectar con el cuerpo. Algo que Eva se salta. Muestra otra recomendación de su médico de que falte de momento a esa asignatura.

Toma 30

Eva bucea tanto en el móvil, que la música de cambio de hora la sobresalta. ¿Ya han pasado más de 60 minutos? No puede ser, ella tiene la sensación de que entró en la red hace nada.

Se levanta del banco donde se ocultaba con su dispositivo. Busca a sus amigos que salen del gimnasio. Camina con ellos intrigada hacia la clase de lengua. Se saltarán esta asignatura para hablar con Ana. Los tres pretenden preguntarle muchas cosas para regresar lo más tarde posible al aula. Ana los está esperando.

—Nos vamos. Acompañadme por favor —sugiere la profe señalando el final del pasillo.

—Pero aún no ha llegado el de lengua —indica Angélica.

—No hace falta, he hablado con él antes.

—Genial —responde Salva, mientras Eva aprieta su móvil escondido en el bolsillo del pantalón con un gesto afirmativo.

Los cuatro se sientan en una gran mesa de una sala pequeña. Es uno de los departamentos del instituto. La lluvia hace presencia de manera suave, mientras se acomodan para disfrutar de una hora distinta. El olor a tierra mojada se cuela por una ventana ligeramente abierta. Es la ventaja de tener un centro rodeado de jardines de noviembre, un mes menos frío de lo habitual.

—Bien, gracias por ofreceros —puntualiza Ana abriendo la reunión —como habéis escuchado, desde la Facultad de Psicología próxima nos regalan un estudio.

—¿Sobre qué? —interrumpe en primer lugar Salva, mientras Eva se queda con la misma pregunta entre los dientes.

—Eso —añade Angélica.

—Vamos a estudiar en vuestra clase con los 29, los efectos de los móviles. Si existe adicción o no a la tecnología —reconoce Ana.

—Vaya, yo creo que no… Eva es la que está enganchada todo el día —corta Angélica.

—¡Eso no es verdad!

—Bueno, a todos nos gusta estar con los móviles —reconoce Salva —¿Y en qué consiste?

—Estaremos a partir de la semana que viene, 40 días realizando cuestionarios que traerán los psicólogos de la facultad.

Los tres ponen caritas de aburrimiento. Aunque Eva se despierta reconociendo que regresarán a la clase de lengua, si siguen con pocas

preguntas.

—¿Y creéis que la gente va a contestar?

—Sí, porque desarrollaremos los cuestionarios en 15 minutos de mis clases de matemáticas lunes, miércoles y jueves, mientras los martes se harán las pruebas en la hora de tutoría.

—¡Bien! —lanza Salva con alegría .

—Creo que así aceptará todo el mundo —añade Angélica.

—Tiene otro aliciente con el que no estoy muy de acuerdo —matiza Ana —los test se realizarán desde una aplicación especial en vuestros móviles.

—¡Guau! —suelta Eva junto a los aplausos de sus compañeros.

—Perdemos clases y cogemos el móvil. ¿Cuándo empezamos? —celebra Salva.

—Os lo he dicho, la semana que viene.

Toma 31

Las preguntas se suceden durante casi una hora. Se han olvidado de que pierden clases. Comienza a interesarles el tema. Ana les ha explicado que se medirán los tiempos de uso, las redes donde pasan más rato, si participan o solo miran, entre otros muchos parámetros.

—Nos han elegido por lo de Elvira, ¿verdad? —solicita Eva con una sensación de tristeza.

—Sí, así es, quieren investigar el suceso con esta profesora y la relación de los vídeos publicados en redes con la adicción.

—Claro, se harán famosos con los resultados —explica Angélica —como nuestra clase es famosa en los medios…

—Por eso es gratis, ¿no? —pregunta Salva en voz alta.

—Confío en que sea solo por eso.

—¿Hay algo más? —indica Eva con una mirada de extrañeza.

—Espero que no, aunque no sé, mi intuición me dice que parece demasiado sencillo.

—Verdad —reconoce Eva.

—Bueno, nosotros estamos aquí para ayudar, estaremos atentos —reconoce Salva .

—Gracias chicos.

Ana les ha explicado la tarea diaria. Responderán al test que aparecerá en sus móviles, igual que el resto. Uno de ellos supervisará que el alumnado está respondiendo sin abrir otras aplicaciones, al menos en los primeros 5 minutos. Se turnarán en esta misión. La profesora los apoyará en la labor. Será una manera de concienciarse del buen uso del móvil, concentrando la atención en esa actividad.

Después ellos participarán en encuestas con mayor profundidad al resto, con lo que perderán más horas de clase. Servirá para completar el informe que buscan los investigadores universitarios.

Las pruebas se desarrollarán durante 21 días antes de las vacaciones navideñas. Y después se completarán las jornadas que falten hasta llegar a la cuarentena.

Ana sigue sintiendo algo raro con respecto a esos 40 días que se acercan. No puede ponerle palabras, aunque anima a los voluntarios.

Toma 32

La clase clasificada de «peligrosa» acoge con revuelo el estudio científico. Los aplausos se suceden. Algunos móviles se liberan de sus escondites para celebrarlo. Ana explica que estarán 40 días. También indica que la directora y ella han elegido a Salva, Angélica y Eva para ser supervisores de estas pruebas.

Deja clara la labor de los chicos. Matiza que, aunque pierdan alguna hora más, también tendrán que rellenar formularios de papel y acudir algunas tardes a la Universidad. Eso neutraliza las críticas, porque nadie quiere invertir un tiempo extra fuera del instituto.

El grupo de «YO» también sonríe liderando los aplausos, aunque «YO», siente algo que no le gusta. ¿Teme perder protagonismo?

Toma 33

Eva se levanta con el móvil y se acuesta con el móvil. Sin él se siente desnuda. Hoy el tiempo de uso será mayor. Comienzan las pruebas de la investigación científica.

Camina mirando el aparato. Desde casa de su madre, el instituto está solo a 10 minutos paseando. Cuando está la semana con su padre, es distinto. Él vive en otro pueblo y la trae en coche, aunque hace lo mismo. Viaja sin ver el paisaje, sin mirar nada que salga de la pantalla.

En una red de moda rebusca vídeos de comics coloridos. Le encanta ver dibujos. A veces ni siquiera recuerda que ella los pintaba. Encuentra una saga que desprende fantasía. Es como una especie de videojuego para encontrar duendes.

Eva no suele jugar en el ordenador, tampoco en el móvil. Se aburre incluso con los de realidad artificial donde las gafas la llevan a otros mundos. Sí disfruta cuando conecta con Salva y los dos pasean de manera virtual por una selva pintoresca.

Uno de los duendes del dibujo está rodeado de un bosque prodigioso. Antes hacía senderismo con su padre. Han dejado los caminos porque no miraban nada, solo los móviles.

Ve una planta de colores en el dibujo del vídeo que le llama la atención. Parece un arcoíris que crece a gran velocidad. Levanta la mirada de manera intuitiva y ve en el paseo un jardín con enredaderas que parecen hablarle. Cree que es la confusión de tanta red. A veces le cuesta ver la realidad. Regresa con su mirada al móvil.

El claxon de un auto la saca del aparato. Está cruzando una calle sin mirar y sin elegir el paso de cebra.

—¡¡¡Niña!!! ¡¡¡No te enteras, estás sorda con el móvil!!! ¡Mira por dónde vas! Esta juventud…

El conductor del coche sigue su retahíla de quejas porque casi la atropella. Eva se ha quedado a menos de un metro de las ruedas. Ya ha cruzado y ha regresado a su móvil con el corazón palpitante. Camina sin soltarlo, como si fuese un añadido de su mano. Vuelve a levantar la mirada cuando escucha los gritos de Salva.

—¡¿Estás bien?! ¡¿Estás bien?!

El chico llega corriendo. Le sobra el chaquetón, la mochila y el aliento. Ha visto toda la escena y creía que su amiga acabaría bajo el auto.

—Madre mía, que susto tía —reconoce Salva recuperándose aún de

la carrera.

—No ha sido para tanto —corta Eva sin entender su preocupación.

—¿Qué dices? Si te he visto tirada en la carretera.

—Exagerado.

—No, de verdad, ¿estás bien? —le insiste Salva cogiendo la mano libre que no lleva el móvil.

Ese contacto genera un chispazo entre los dos. No es la electricidad estática. Es algo que los asusta y los atrae. Se miran sin decir nada más. Se acompañan hasta la puerta de clase en un aparente silencio. Salva no se atreve a sacar su teléfono «inteligente». Está atento a su amiga. Eva sigue sus pasos dentro del móvil, como si nada hubiera pasado.

Toma 34

Primera mañana de pruebas científicas con el móvil. La clase con la etiqueta de «mala» está revuelta. Todos han entregado la autorización de familiares o tutores para hacer esos ejercicios durante 40 días.

Parecen pistoleros a punto de sacar sus móviles. Aún no han recibido la señal de Raúl. Este investigador es uno de los responsables que los acompañará en la cuarentena. Es muy joven, parece que acaba de terminar la carrera de psicología. Sin embargo, acumula 5 años de experiencia en laboratorios.

—Recordad, por favor, comenzamos con 15 minutos para abrir la aplicación que instalasteis ayer y acceder al primer cuestionario. Si alguien tiene dudas o no se conecta bien con la Wifi, que levante la mano.

«YO» levanta la mano para recordar su mando —yo tengo datos ilimitados. Mi madre pasa de que sea un pesado con la conexión —pronuncia con ironía como el que habla genial, generando una gracieta en el grupo de «malotes».

—Bien por tus datos, baja el móvil y deja de grabar con la cámara, ¿vale? —le recuerda Ana.

Raúl se asusta ante la reacción del chaval. No pensaba que en su primer día de investigación iba a hacerse viral en redes. Ahora comprende la fama de aquella clase «rara» que tanto ha salido en televisión.

—Recordad que tres voluntarios estarán supervisando vuestros móviles. Igual que Ana y yo mientras duren las pruebas. Ellos se llevarán el doble de trabajo —matiza Raúl.

—Sí, un auténtico rollo —confiesa «YO» con sus dudas a bordo.

Comienza la investigación sobre el uso de los móviles. Las primeras preguntas parecen sencillas:

¿Cuántas horas crees que pasas con el móvil?

¿Hasta qué hora lo usas por la noche?

¿Duermes con él en la cama para tenerlo como despertador?

¿Lo coges por aburrimiento?

¿Cuándo lo utilizas más, quizás cuando estás con estrés?

Por favor, contesta tú también el test de esta novela. Te ayudará, de verdad.

Así se suceden cuestiones y cuestiones que responden con agilidad y faltas de ortografía. Eso no cuenta en negativo en las pruebas, o sí, y ellos no lo saben.

Después entran en una especie de videojuego que mide sus reflejos. Sacar una bolita de un laberinto. Señalar el punto de la imagen diferente… ejercicios que parecen medir más la paciencia, que la coordinación.

Ana revisa el primer día de pruebas. Se siente más relajada. Ha analizado con Raúl y otros investigadores la profundidad de las cuestiones. Cree que serán útiles. Aun así, su corazón sigue inquieto, igual que el de Eva, aunque por otros motivos.

Toma 35

—¡Papá! ¡Papá! —Eva no insiste más. Se ha despertado después de una pesadilla. Imagina que su padre aún estará dormido. Es sábado y pueden permitirse un horario diferente. Antes, a las 9 de la mañana estaba operativo. Se preparaba para ir al gimnasio con ella. Ahora está tirado en la cama con el móvil.

Eva lo observa desde la puerta de la habitación. Él está de espaldas al umbral, así que no la ve. No distingue qué mira en la pantalla, aunque siente su nerviosismo. Parece que busca algo que no encuentra. Desde que dejó a su última pareja, se ha convertido en un hombre aislado.

Eva regresa a la cama con sus miedos. Se entierra en la almohada. Quiere evitar la tentación que la llama desde la mesita de noche. La vibración del móvil se convierte en algo irresistible. Lo coge y termina su día.

El gimnasio los espera, ellos no llegan. El desayuno se celebra entre dos móviles que se sientan en una misma mesa a una hora tardía. El almuerzo se sucede con un conjunto de monosílabos. La frase más larga, la lanza Eva.

—Quedo con Angélica y Salva esta tarde, ¿vale?

—Claro —responde su padre levantando la mirada del móvil para ver a su hija.

Sus ojos se cruzan. Él se encuentra con un dibujo de Eva en las manos. Su tristeza se disuelve en ese recuerdo. Ve a su niña con 4 añitos que le entrega un folio luminoso. Acaba de salir del cole. Viene corriendo con su pintura recién terminada. Parece un mural de acuarela fresca con infinidad de colores. El impacto de esa obra infantil lo deslumbra. La abraza volando por el cielo. Juntos se ríen, juntos miran el dibujo como el mayor hallazgo de su historia. Disfrutan sin móviles que tomen fotos de «recuerdo».

Eva saca a su padre de ese jardín pasado de besos.

—¿Te pasa algo?

—No, nada, no me pasa nada —el padre sigue comiendo y regresa con su mirada al móvil.

No se atreve a preguntarle a su hija por los dibujos. En realidad, en los últimos meses, ha dejado muchas conversaciones pendientes. Tiene miedo de profundizar en el amor. Navega en la superficie. Utiliza de salvavidas el móvil. Con él se siente protegido, con él supervisa a las personas que quiere, aunque no lo diga. Entra de nuevo en el estado

de su última pareja. Le duele la frase. Pasa rápido, menos de un segundo para que un vídeo de redes tape esa incomodidad.

Toma 36

—¡Deja el móvil!

—Acabo de llegar y ya me estás gritando —le responde Eva a su madre entrando por la puerta de casa.

Ese domingo le toca dormir allí. Cambio de semana, cambio de familia.

—No le grites a la niña —reconoce el marido de su madre.

—Otro que le da la razón. ¡Estamos bien!

Le da un beso a su hija recién llegada en la frente. Y Eva responde con un gesto fugaz a su madre. Su hermano o su hermanastro cruza como un rayo. Persigue a un ogro. Con 4 años, a veces jugaría con él y a veces lo estrangularía.

—¡Hola tata! —le dice el pequeño siguiendo su carrera.

Eva levanta una mano en señal de saludo afectuoso. Antes lo perseguía para una guerra de cosquillas. Ahora los combates son peleas por el móvil. El chico de la casa no puede acceder y Eva se aleja para que no le salpique la bronca.

En la cena no están permitidos los dispositivos tecnológicos, aunque a veces el hermano protesta tanto que los dibujos de la tele inundan el comedor. Así se produce un silencio tenso. Comen buscando palabras.

—¿Qué tal el fin de semana con tu padre? —le pregunta el marido de su madre.

—Bien.

—Hija, siempre contestas sin palabras —reprende su madre.

—He respondido —contesta echando de menos el móvil que la protege.

Entra una llamada que la madre de Eva responde. Momento de liberación, ella puede mirar un momento los mensajes. Lo tiene cerca en la mesilla de la tele. Lo suelta en cuanto su madre cuelga. No quiere escuchar otro sermón.

—Aprovechas cada minuto de móvil.

—Tú has cogido el tuyo —contesta Eva a la defensiva.

—Sí, era importante, un tema del trabajo que no puede esperar —responde su madre subiendo el tono.

—Ya.

—Ya, ¿ya qué, Eva?

El marido de la madre frena la discusión inminente mientras el

hermano sigue aletargado con los dibujitos animados. En la pantalla se abre una selva de colores y un monstruo divertido se convierte en protagonista.

—¡Mira! —grita el pequeño sorprendido ante tanto arcoíris.

Todos se quedan observando las imágenes en movimiento. Eva nota alegría y tristeza. Su alma desea recordar las pinturas. Se siente en casa con el colorido, pero rechaza la invitación .

Su madre abraza la nostalgia en silencio. Retrocede en el tiempo. Se ve agachada en el suelo, recogiendo los pedazos de los dibujos de su hija. Derrama lágrimas que mueven las pinturas. Siente que su pequeña haya roto sus obras por la última bronca de casa. Se van a divorciar. Ese viaje en el tiempo a los 7 años de Eva, le mueve el corazón. Quiere pedirle disculpas a su niña. No se atreve. Un anuncio mata el recuerdo. Se levanta rápida a la cocina a por algo de postre que endulce la cena. No quiere que nadie la vea con chispas en los ojos.

Eva no entiende las reacciones de su madre. Solo busca tapar el dolor con el móvil. Lo agarra unos segundos. El marido de su madre no dice nada, se pierde en su plato. No quiere más discusiones por un aparato.

Toma 37

Eva dibuja en sueños. Pinta la «Sociedad Arcoíris», un mundo libre de miedos, donde el ser humano avanza sin sufrimientos. Crece con amor. En ese jardín colorido entre flores diversas, ve un Elfo verde con otros seres mágicos.

Se despierta con sudor en invierno. Se acercan las vacaciones navideñas. No entiende, ¿por qué muchas noches vive otra vez ese mismo sueño? No es desagradable, pero, llega a plantearse… ¿y si ese mundo existiera?

En realidad, se levanta de su cama contenta, con una sensación de paz. Cada vez que recuerda ese sueño, olvida el móvil debajo de la almohada. Lleva 5 minutos despierta y aún no lo ha mirado.

Yo le preguntaría a Eva: ¿Y si toca levantar la mirada de la pantalla?

¿Y si abriendo el corazón nace una vida nueva?

¿Y tú, qué le preguntarías y te preguntarías?

Toma 38

En unas horas sonarán villancicos modernos en los móviles adolescentes. Comenzarán días de fiesta hasta enero. Última sesión haciendo los ejercicios de la investigación universitaria hasta que regresen de vacaciones.

Eva se siente agresora revisando otros móviles, le incomoda. Al mismo tiempo la experiencia le sirve de espejo, al ver la cantidad de «tonterías» que ven los compañeros. Observan en sus pantallas algo más que niños bailando y gatos saltando.

Cuando llega a «YO» se pone aún más tensa. Le toca comprobar que ha respondido todas las cuestiones en la aplicación. Este líder «malote» le lanza una mirada desafiante, porque Eva vuelve a ver un grupo con mensajes extraños en el aparato del chico.

—¿Qué pasa? —le reprende «YO» con agresividad y voz muy baja, porque cuando están con los móviles el silencio se impone.

—Nada —responde Eva sin creer su palabra.

La música navideña inunda los pasillos del instituto. Se levantan a la carrera para ir a la celebración del patio. En ese evento no están permitido los móviles, así que una gran parte lo guarda en la mochila. Se cierran las clases en breve con llave.

Eva puede quedarse unos minutos más con Salva y Angélica, porque son los revisores de las pruebas. Ana les pide que no se entretengan mucho rellenando los formularios de supervisión y deja el aula abierta con ellos tres.

En esa soledad de amigos, Eva salta. Vuela hasta la mochila de «YO».

—¿Qué haces? —pregunta Salva sorprendido.

—¿Estás loca? —corta Angélica que la ve sacar el móvil del compañero y ponerlo en marcha.

Nuestra protagonista se sabe el patrón de seguridad del aparato. Entra y comprueba los mensajes que sospechaba. En un grupo atacan a la profesora expulsada. Memes y chistes negros donde reconocen la autoría de los hechos.

—Lo sabía, lo sabía —dice Eva dolorida.

Salva y Angélica leen tras ella los mismos mensajes.

—Tenemos que hacer algo —valora Salva.

—No, no, nos meteríamos en problemas —reconoce Angélica.

—Ya estamos en el problema —muestra Eva a sus amigos.

Toma 39

Los tres chicos leen un mensaje donde «YO» prepara con su grupo una jugada contra Eva. Insultos que la asustan tanto como la puerta que se abre.

—¿Qué hacéis todavía aquí? —solicita la profe de matemáticas viendo el nerviosismo de los tres junto a la mochila de «YO». —¿Pasa algo?

—Nada, nada, nada… —repiten los tres como en una canción única.

—¿Seguro? —cuestiona Ana mirando a Eva.

—Sí, bien.

—De acuerdo, salid a la fiesta —la tutora hace una pausa— Ah, Eva, búscame a última hora.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes —responde Ana.

—No, no lo sé.

—Creo que sí —insiste la profesora.

El nerviosismo cunde entre los tres chicos que salen de la clase y dejan a Ana cerrando las puertas con llave. Bajan las escaleras en dirección al patio trasero del centro. Y en cuanto se han alejado unos metros de la maestra discuten en voz baja.

—Se ha dado cuenta —reconoce Angélica.

—Yo creo que no —añade Salva —aunque lo importante no es eso, son los mensajes de ataque a Eva.

Ella camina con su móvil. Aunque esté prohibido, ha aprendido a camuflarlo en los bolsillos interiores de su sudadera.

—Me parece que sospecha algo —reconoce Eva.

—¿Qué vamos a hacer? —cuestiona Angélica.

—¿Con Ana? —expresa Eva.

—No, ¿con los mensajes? —insiste Salva acogiendo una tormenta de preocupación.

—Creo que tenemos que decirle a Ana lo de los mensajes de «YO» —reconoce Angélica.

—Estoy de acuerdo, me parece chungo el tema —valora Salva.

—Tranquilos, primero la escucharé, veré qué quiere y según me diga, actuaré —sentencia Eva.

Toma 40

El padre de Eva prepara una Navidad fría. Deja el árbol colgado en el trastero. Se olvida de adornos. Acoge bolas de tristeza cada vez más grandes. Ni siquiera es consciente de que navega cada vez más en su móvil, buscando respuestas ante su última ruptura sentimental. ¿Qué le pasa con sus relaciones de pareja? ¿Por qué no supera el año con ninguna?

Hoy sale antes del trabajo para recoger a Eva en el instituto. Se ha escapado con una hora de antelación. Cree que necesita esos minutos para él solo. Aparca a una calle del centro educativo. No abre las ventanas, mantiene el calor de la calefacción apagada del vehículo.

Vuelve a mirar por décima vez a su última pareja en el móvil. Ese romance le ha dejado mayores heridas. Se entierra en los mensajes pasados buscando respuestas. De repente ve que ella está EN LÍNEA. Su corazón se altera. Desea escribirle. Frena sus dedos cuando ve su último ESTADO. Se la encuentra abrazada a otro en la foto compartida.

Quiere tirar el móvil, pero parece que lo tiene pegado a su mano. Con furia entra en una red social que se había autobloqueado. Allí revisa nuevas caras, busca falsas soluciones a su dolor.

Un mensaje lo despierta tras una hora perdida. Es la madre de Eva, su exmujer le reclama si ha visto las notas de la niña. De repente se da cuenta de que hoy es el último día de instituto y que está a unos metros para recogerla.

Mira la aplicación donde aparecen las calificaciones. No encuentra nada, así que ni siquiera responde. Vuelve a caer en su propia trampa. Ahora son vídeos que anestesian de 10 segundos en 10 segundos, su razón.

Lo vuelve a sacar del enganche un nuevo mensaje. Se altera porque encuentra dos notificaciones, una de su hija y otra, otra de su romance roto.

Lee con facilidad el de Eva. Ella lo avisa de que saldrá un poco más tarde porque está hablando con la tutora. Le da un simple OK. Algo dentro le dice que ha llegado el momento de bajarse del coche y acudir al instituto. Quizás sea bueno que salude a esa profe de matemáticas. El móvil vuelve a decidir. Comienza a sudar en un recién estrenado invierno frío de Europa.

Desliza sus dedos acariciando el mensaje de la persona que sigue amando. Sin abrirlo, sin leerlo, sin determinación… solo quedándose

sin sentido, ahí, EN LÍNEA.

Toma 41

Eva teme soltar el móvil y mirar a Ana a los ojos. Siente que viene una tormenta. Una bola le atraviesa la garganta. Los mensajes de «YO», la reacción de la profe. Y el miedo a ver a su padre nuevamente triste.

Ese coctel se mezcla en su corazón a punto de explotar. Se calma sintiendo la pantalla fría de su móvil en el bolsillo de la sudadera. Camina hasta el despacho de Ana.

Se enfrenta a la puerta abierta. La maestra está hablando con su teléfono en manos libres.

—Sí, tranquilo, llegaré pronto. Te quiero mucho… —termina la conversación mirando a la adolescente —entra por favor Eva y cierra la puerta, gracias —le dice ofreciéndole una silla.

Eva obedece sin sacar sus manos de la sudadera, con una de ellas se protege agarrada al móvil. Mira en 360 grados lo acogedora que es la habitación. Tiene fotos, cuadros y cartulinas de colores que iluminan un despacho que antes era aburrido, como las mates.

—¿Para qué crees que estás aquí?

—No lo sé —responde Eva con la tormenta encima.

—¿Qué te está pasando? En estos pocos meses de curso vas bajando sin freno .

—¿Qué? —corta Eva sorprendida, eso no se lo esperaba.

—Sí, lo sabes —dice Ana mientras saca los dos últimos exámenes de la chica. Se los muestra.

Eva mira sin mirar el 4,9 que imaginaba y observa el otro. El otro es el desconocido, es un 2,9, un examen que la semana pasada sufrió mucho, no por la prueba, y sí, por la falta del móvil. Se sentía otra vez desnuda.

—Estoy aquí para ayudarte. Quiero que me cuentes qué te preocupa —muestra Ana con amabilidad buscando los ojos perdidos de Eva.

—No lo sé —responde con un volumen bajo, como si no le importaran los suspensos.

—Deja el móvil encima de la mesa, por favor —le pide Ana con una orden cariñosa.

—No, no lo tengo aquí, lo he dejado en la mochila —miente Eva agarrándose a él aún más, mientras lo oculta en la ropa.

—Por favor Eva, eso no te ayuda —reitera Ana tendiendo su mano para recoger el celular.

La fortaleza de su tutora la derrite. Conecta con su mirada y siente miedo y liberación, una mezcla extraña. Saca el móvil escondido y se lo entrega despidiéndose de él.

—Necesito que me cuentes, qué te está pasando. El resto de profesores también han advertido tus distracciones. No es por las notas Eva, has bajado en todas las asignaturas. Quiero ayudarte.

Ana continua su discurso viendo que Eva fija su mirada baja, como si observara los exámenes sin verlos.

—Me hubiese gustado mantener esta conversación antes, pero con las horas de tutoría invertidas en la investigación de los móviles, no he encontrado el momento. Perdona Eva, insisto, las notas no son lo esencial, aunque representa un reflejo de cómo estás. Siento mucho que suspendas mi asignatura en esta primera evaluación —cierra Ana sabiendo que esa calificación despertará a Eva.

—¡¿Cómo?! —reacciona la chica mirando con confusión a la profesora.

—Has suspendido matemáticas.

—Pero si los otros exámenes los tengo aprobados y… —no sabe qué más argumentar.

—La media te daba casi un 5, pero muchos días tu tarea estaba incompleta. En 2º de secundaria la libreta requiere otro orden y la participación en clase también.

—Madre mía, yo nunca he suspendido nada —reconoce Eva despertando. Ahora echa de menos su móvil aún más. Está en la otra punta de la mesa del despacho. Teme la bronca monumental de su madre, quizás también de su padre.

—¿Qué te preocupa, Eva?

—No puede hacerme esto.

—No te lo hago yo, te lo haces tú misma. Creo que no te está sentando bien la investigación de los móviles. Lo he vuelto a comprobar hoy, cuando os he visto en clase a los tres.

—Eso no tiene nada que ver —corta Eva más alterada.

—¿Seguro? Me parece que necesitas estar sin el móvil un tiempo —explica Ana sin intención de herirla.

—Está como mi madre, quiere quitarme el móvil —se levanta alterada hacia el oxígeno de la pantalla que se ilumina, es su madre que la llama, haciendo que el aparato vibre de dolor.

Ana corta la mano de Eva sin brusquedad, impide que toque el teléfono.

—¡¡¡Es mi madre, tengo que cogerlo, usted no me entiende!!!

—Por favor, por favor —lanza Ana sujetando la mano de Eva con suavidad, sin daño. La suelta cuando la ve con un lloro silencioso. Las lágrimas se caen sin control de sus ojos. Entonces agarra sus hombros y levanta su mirada. —Estoy aquí para ayudarte, de verdad Eva.

La adolescente se convierte en niña y se abraza a su profesora como si necesitara mil años de cariño. El móvil vuelve a sonar, esta vez es su padre aterrorizado.

Toma 42

Eva llora y llora en los brazos de Ana, mientras la profesora con 20 años de experiencia se emociona con su alumna herida. Cuando consigue ayudarla a sentarse en un pequeño sofá que tiene en el despacho, busca un vaso de agua que la adolescente bebe con dificultad.

Su garganta está rota, no es el suspenso, no es la llamada de su madre, no es la llamada de su padre, no es el móvil, no son los mensajes de «YO»: es todo.

Mientras, fuera, la plataforma educativa ha publicado las notas. Su madre está dando gritos por el primer suspenso de su hija y por el resto de bajas calificaciones. Ni siquiera su marido actual puede frenarla.

Su padre ha salido al frío del invierno para buscar soluciones. Quiere ayudar a su hija y no es capaz de soltar el móvil. Ha leído el mensaje de su última expareja. Se siente imbécil. Quiere contestarle, pero ahora no toca, quizás piense que la deja en VISTO sin interesarse. Ahora es su hija. No comprende, cómo puede vivir con tanta confusión. Se siente culpable de la situación de Eva, miles de pensamientos destructivos atraviesan su cuerpo y su alma .

—Puedes contarme, de verdad, Eva.

—Usted no sabe cómo se pondrá mi madre, por eso me llama —expresa entre las lágrimas de sus 13 años.

—Imagino que no será agradable para tu familia, pero no es un drama, solo una asignatura suspensa, hay cosas mucho más importantes. Eso es a lo que quiero llegar.

—Sí, que me voy a quedar sin móvil en las vacaciones de Navidad —reconoce Eva con terror.

—Quizás sea una experiencia interesante —propone la profesora.

—No, porque tengo que avanzar en la investigación universitaria y hay que hacerlo desde el móvil. No se puede desde el ordenador.

Esa argumentación alerta a las dos, Ana se queda pensando y Eva también.

—Eso no me gusta, tienes razón. Hablaré con Raúl para ver si las valoraciones se pueden hacer en papel y después pasar esos datos —propone la profe de mates.

—¿Y qué hago con su asignatura? —pregunta Eva con sus lágrimas mojadas.

—Por favor háblame de tú. ¿Qué es lo que más te gusta?

—Pintar —corta Eva tapándose la boca como si hubiese vomitado algo secreto que la lleva a un nuevo torrente de llanto.

—Pintar está bien. No tienes que ocultarte. Te he visto arrastrar el boli en tu libreta tratando de dibujar algo que no dejas salir —reconoce Ana.

—Usted no me entiende, yo no puedo pintar —con esa frase Eva cruza sus brazos y aparca su tristeza secándose la cara.

Ana recibe un mensaje divino, no viene de móviles. Es una Wifi Universal que a veces llamamos intuición.

—Te hago una propuesta.

—¿Qué?

Toma 43

El padre de Eva camina hasta la puerta del instituto alumbrándose con el móvil, aunque hay luz suficiente en esa tarde nublada. No puede soltar el aparato. La excusa está servida. Recibe mensajes sin parar: no son de su exmujer, sí, de su ex… Quiero aclararme, la madre de Eva ha inundado su pantalla, su recién perdida pareja solo le ha dejado una frase que desea contestar.

Es difícil abrirse camino entre tanto estudiante que sale volando para sus vacaciones. Muchos gritan, otros corren y la mayoría celebra el final con suspensos y sin ellos ante el móvil. El padre de Eva realiza un salto continuo. Se ve obligado a despegarse de su pantalla para no chocar con chicos que no levantan la mirada del aparato.

Por fin llega hasta el conserje. Leo es entrañable. Tiene miles de años de experiencia. Sabe escuchar a los estudiantes y atender a las familias. Acumula juventud tras una sonrisa real.

—¿Qué tal? ¿Le puedo ayudar en algo?

—Sí, gracias, busco a… —responde levantando la cabeza de su móvil cuando acaba de recibir otro mensaje de su ex, la reciente, la que desea.

—Busca a Eva, usted es su padre, ¿verdad? —reconoce Leo viendo lo perdido que está .

—Sí, ¿cómo lo sabe? —pregunta sin soltar el móvil.

—Hombre, lo he visto muchas veces recoger a su hija. Eva es una niña extraordinaria.

Esas palabras lo conmueven. Le permiten despertar y soltar el móvil por fin en uno de sus bolsillos, para que vibre ahí sin parar.

—Tranquilo, yo lo llevo, aunque no sé si podrá entrar al despacho —le explica Leo mientras le hace gestos de que lo siga hacia la zona del profesorado —Eva está con Ana.

—Es que ha suspendido matemáticas —explica el padre aturdido —perdone, ¿quién es Ana? —pregunta avergonzado por no recordarla.

—No se preocupe, Ana es la profesora de matemáticas, la tutora, la sustituta de… —Leo corta sus palabras. No quiere recordar a la maestra expulsada, eso le duele.

—Ah, sí, es la sustituta de Elvira —reconoce el padre de Eva sin darse cuenta de la tristeza que genera ese nombre en el rostro de Leo.

—Aquí es, imagino que aún están hablando, yo en su lugar no interrumpiría todavía, pero no soy quién tiene que tomar esa decisión

—recomienda Leo recuperando su sonrisa amable.

—Gracias, muchas gracias —muestra el padre de Eva con sinceridad.

Se queda solo ante la puerta cerrada. Los primeros 10 segundos los puede soportar, los 30 son un verdadero reto, los 60 segundos no llegan a cumplirse. Saca el móvil y lee los mensajes. Primero el de su ex reciente, una frase que lo deja tan dolido que entra en los siguientes de la madre de Eva leyendo sin leer.

Toma 44

El despacho de Ana se ha convertido en un espacio cálido de invierno. Eva lleva casi una hora dentro. Viejos lápices de colores algo gastados ayudan a la chica a volar. La propuesta de la profe de matemáticas es diferente.

—Eso es, eso es, así, Eva. Quiero que acompañes cada problema de matemáticas con un dibujo —brinda Ana descubriendo el potencial de la chica. En pocos minutos dibujando ha cambiado la luz de su cara. Además, no ha vuelto a mirar el móvil confinado en la mesa.

—¿Y esto para qué me servirá? —pregunta Eva sin dejar de dibujar con poca destreza tras tantos años sin disfrutarlo.

—Muy sencillo, te permitirá entender mejor los problemas. Quiero que en cada ejercicio de estos folios resuelvas además de con fórmulas, con colorido. ¿Lo entiendes?

—¿Puedo pintar lo que quiera?

—Un dibujo que esté relacionado con el ejercicio, es tu trabajo en estas vacaciones. Es muy importante estudiar desde la creatividad. Así abrimos un nuevo mundo.

—Vale, pero no podré hacer el análisis de la investigación sobre los móviles, porque mi madre me lo va a quitar, aunque esté en casa de mi padre los primeros días —reconoce Eva dolida .

—De acuerdo, eso lo haremos a la vuelta, somos un equipo. Le pediremos ayuda a Salva y a Angélica.

Cuando Ana pronuncia sus nombres, recuerda a sus amigos y trae a su mente la preocupación por los mensajes que vieron en el móvil de «YO».

—¿Hay algo más que quieras contarme, Eva? —cuestiona la profesora entendiendo que la chica oculta otro detalle.

—Sí… —responde con timidez y la mirada baja.

Una llamada en la puerta termina con la conversación. El padre de Eva no puede esperar más, busca soluciones.

Toma 45

Ana abre con amabilidad. Calma la tensión que trae el padre de Eva. Este hombre navega entre tormentas. La chica no quiere mirarlo. Teme la discusión, no sabe qué argumentar para su primer suspenso.

—¿Ha entendido lo que le he explicado de la tarea de Eva para estas Navidades? —cuestiona la profesora de matemáticas viendo que el padre está sujeto al móvil, aunque no lo mire continuamente. Percibe que su atención está en otro lugar.

—Sí, sí, claro, tiene que resolver esas hojas de problemas.

—No solo eso, debe acompañar la tarea con dibujos que expliquen las resoluciones —matiza Ana para reforzar el valor de las pinturas.

—De acuerdo, se lo diré también a su madre, gracias, muchas gracias —responde el padre deseando salir del instituto y entrar en su móvil.

—¿Alguna otra cosa que quieras comentarme, Eva? —insiste Ana sabiendo que no encontrará respuesta.

Se desprenden de una felicitación fría. Lo único que lleva calor y color son los dibujos que Eva ha escondido en la mochila. Padre e hija se encaminan a la puerta del centro sin hablar. Están sujetos a sus móviles que acarician en los bolsillos como pistoleros a punto de desenfundar.

El padre quiere pedirle explicaciones y al mismo tiempo animarla. La salida se les hace eterna. También desea contestarle a su reciente pareja perdida. Eva confía en perderse en el móvil el suficiente rato como para avisar a sus amigos del cate de mates. Se siente asustada, las vacaciones sin teléfono, el suspenso, los mensajes de «YO» y los dibujos… esos trazos que la confunden.

Toma 46

Primera bronca, segunda bronca, tercera bronca. Da igual que Eva esté en casa de su padre. La madre se pasa para requisarle el móvil. Los gritos se escuchan entre los distintos pueblos donde residen.

La madre recibe la noticia como una tormenta helada que no esperaba. Su hija con un suspenso, su primer suspenso. Su padre también reprende la nota de matemáticas. El resto de asignaturas pasan desapercibidas, la mayoría se quedan en aprobado. En el tercer día de discusiones, la madre suaviza un poco su discurso.

—¿Hija, en qué pensabas estos meses? No paro de leer el mensaje que te ha puesto la tutora —le dice por teléfono a Eva.

Usan el móvil del padre para comunicarse.

—Dile a tu padre que vuelva a leer el mensaje. La profesora de matemáticas indica que estás distraída en clase, que lees sin atención los exámenes y que muchas veces pareces estar en otro mundo —machaca la madre.

—Sí, y también dice que dibuje —responde sin pensar Eva tapándose la boca como si fuera a borrar esas palabras lanzadas.

—Ya está bien Eva, no estás en infantil para dibujitos, aunque como tu padre ha insistido, cuando termines los problemas que te ha mandado, hazle esos garabatos que te pide.

Eva asiente sin fuerzas y cuelga el móvil con la esperanza de quedarse con el aparato un rato. Su padre lo reclama. Desea ver los mensajes, lleva 15 minutos sin entrar a mirarlos. Cuando el padre calma su sed de redes, le entrega el celular a Eva con la siguiente cláusula:

—Solo media hora y no abras tus redes. Mira desde las mías, ¿vale?

Es el primer día de vacaciones que le deja el móvil. Los siguientes aumentarán en tiempo de pantallas. Olvidarán la paz navideña y entrarán en el consumo de una época que muchos utilizan como un gran supermercado de deseos.

Toma 47

Eva quiere salir de su laberinto mental. No desea vivir así, se siente atrapada como en una carrera de rata. Ese pensamiento le recuerda los mensajes de «YO».

El chico decía que ella es una «rata» y Salva su «ratón». Afortunadamente no encontraron calificativos negativos sobre Angélica.

Eva se ve rodando en una rueda de hámster, sin poder parar. Respira porque tiene el móvil de su padre como último día. Mañana saldrá hacia la casa de su madre para el segundo período de vacaciones navideñas, lo habitual en matrimonios divorciados.

—Menos mal que tu padre te deja el móvil —le recuerda Salva en un mensaje.

—Sí, me queda muy poco. Nos vemos esta tarde con Angélica en el centro comercial, ¿vale? —responde Eva con infinitas ganas.

—Claro, estoy deseando. Tengo una sorpresa para ti —reconoce Salva escribiendo rápido en su móvil.

—¿Qué?

—No se puede decir.

Las horas pasan con el móvil del padre, mientras él está resolviendo cuestiones de trabajo en el ordenador. Allí también se despista con mensajes en la pantalla. Pierde la cuenta de los largos ratos que Eva sigue conectada.

Toma 48

El centro comercial repleto de luces navideñas acoge a los tres chicos. Los escaparates gritan con regalos para las fiestas. Un impacto constante de compras sin fin, donde Salva siente una ilusión especial.

—¿Qué es?

—Rompe la caja de regalo —lanza Salva sin paciencia ante el aplauso de Angélica.

Eva arranca el papel que envuelve el secreto. Y se encuentra ante un móvil nuevo. Es un aparato básico que ha conseguido con sus últimos años de ahorros.

—¡Madre mía, madre mía, un móvil! —grita Eva sin poder contener la alegría.

—Te has vuelto loco, tío —reprende Angélica.

—Sí, te habrá costado mucho —reconoce Eva regresando con sus pies a la tierra —además mi madre me lo quitará de nuevo.

—Puedes esconderlo. Además, no tiene tarjeta, tendrás que tirar de wifi, por eso quise quedar aquí, para coger la señal del centro comercial —reconoce Salva ilusionado.

Eva tiene la pantalla de configuración encendida. Ya no piensa si es un regalo caro, si se lo quitará su madre o si es una locura. Lo activa para abrir sus redes. No es consciente de que su navegación deja rastro.

Salta automáticamente un correo en el buzón digital de la madre de Eva. La chica ha accedido a la red principal de moda.

—No deberías entrar ahí —le recuerda Angélica —si tu madre está siguiendo tus redes, le va a saltar una notificación.

La voz de alerta llega tarde.

—Es verdad. ¡Cuidado! —para Salva.

—Vaya, bueno la cerraré y me abriré otra cuenta con otro nombre.

Ellos no ven el peligro. No son conscientes de que otra persona también rastrea los viajes de Eva en internet. Ese observador mira sus pasos sintiendo que tiene atrapada a su rata.

Toma 49

Las Navidades terminan repletas de pantallas frustradas. Se convierten en días de espionaje. Su madre la sigue en cada momento que puede. Teme que Eva se pierda en un aparato. No sabe cómo ayudarla.

Lo único que iluminan unos días de luces de colores, no son los adornos de las fiestas, son los dibujos de mates. Sentarse a estudiar le cuesta infinitamente. Da mil vueltas antes de ponerse en su mesa de escritorio. Consigue calmar ese rechazo cuando pinta un poco con el boli. Ahora eso no es un pasatiempos, forma parte de la resolución de los problemas.

—¿Cómo vas Eva? —pregunta su madre entrando en la habitación.

—¡Jopé! —salta Eva sorprendida y asustada, no quiere que vea el móvil de Salva que guarda entre sus piernas tapado con una mantita.

—Nada de palabrotas Eva, no te pases y sigue estudiando —la madre parece que se marcha, pero cambia la orientación de sus pies y pregunta —¿qué haces con esa manta en las piernas? ¿Tanto frío tienes? Está puesta la calefacción.

—Sí, sí, es verdad…, pero, pero cuando me concentro me entra frío —resuelve Eva como puede.

—No estarás entrando en redes, ¿verdad ?

—Nooo, ¿cómo voy a entrar si no tengo móvil?

—No quiero ningún correo más que diga que has accedido desde otro teléfono. Imagino que sería tu amiga Angélica, aunque no quieras reconocerlo —insiste la madre sobre una pasada discusión. No sospecha de Salva, lo considera un chico impecable.

—Mamá ya lo hemos hablado un millón de veces… y no voy a entrar en redes.

—Eso espero, sigue estudiando, que te queda poco para retomar el instituto —cierra la madre mirando los folios con los problemas de matemáticas y dejando sus ojos en uno de los dibujos que ha creado Eva con algo más de libertad —todavía no entiendo como esa profesora te pone tareas de infantil, estoy deseando hablar con ella. No veo lo de pintar en los ejercicios.

Eva esconde un poco la última obra. Había pensado mostrarla en el almuerzo, comenzaba a sentirse bien con esos trazos, pero ahora los esconde más que el móvil secreto que tiene entre las piernas.

Toma 50

Eva respira de camino al instituto. Se pasea sabiendo que su madre está en el trabajo. No la verá con el móvil oculto. Tampoco encontrará los nuevos perfiles sociales. Se ha puesto un nombre completamente distinto.

Está deseando llegar a ese primer día de clases para reencontrarse con Angélica y Salva. En el fondo también desea ver a Ana. Quiere comprobar, qué le parecen sus respuestas a los problemas matemáticos. En realidad, necesita observar su reacción ante los dibujos.

También lleva curiosidad sobre el experimento de los móviles. Hoy Raúl, el investigador universitario se reunirá con ellos, aunque su madre ha dejado indicaciones de que Eva no podrá acceder a ningún dispositivo para analizar datos.

Los abrazos con sus amigos se quedan tapados con las primeras horas. El aburrimiento se instala de nuevo en el corazón de Eva. La preocupación se abre en Salva. Mira de vez en cuando hacia la mesa de «YO» que le arroja señales de peligro.

Él no ha olvidado que antes de las vacaciones navideñas encontraron mensajes agresivos, especialmente contra Eva. Llega la música para el recreo que libera las tensiones.

—¡Hola chicos! —saluda Ana entrando contra la corriente de adolescentes que salen.

Angélica, Salva y Eva saben que la tutora viene a hablar con ellos.

—En la siguiente hora, retomaremos los cuestionarios de la investigación de los móviles —recuerda la profesora de matemáticas —no quiero quitaros tiempo del recreo, pero me gustaría consultar algunos detalles con vosotros rápidamente.

Paralizan sus desayunos envueltos. Los tres chicos asienten sentándose en las mesas para escuchar el discurso.

—¿Qué os ha llamado más la atención hasta ahora de los datos recogidos?

—Las horas —reconoce Angélica.

—Bueno —valora Salva sin ser consciente de esas cifras.

Eva no responde y Ana lo comprende. Ha revisado varias veces el correo que recibió de su madre donde solicita que se le aparte de la investigación. La profesora ha conseguido con una respuesta amable y una tutoría pendiente que le permita continuar, sin usar por supuesto ningún móvil.

—Hay gente que supera las 6 horas diarias —insiste Angélica.

—Tú también te pasas mucho tiempo —lanza Salva sintiendo que esa frase le duele a Eva, quiere protegerla.

—Yooo, ¿qué dices? Me he puesto hasta la aplicación esa de tiempos y no me paso más de 3 horas diarias, lo tengo controlado —sonríe Angélica.

Otros datos saltan en la conversación, mientras Ana sigue sintiendo dudas. Algo que de manera inconsciente también recibe Eva .

—Está bien, la semana que viene nos reuniremos a quinta hora el jueves, he pedido permiso a vuestro profe. Allí profundizaremos antes de que se cumplan los 40 días de investigación —cierra Ana para que los chicos disfruten de unos minutos de recreo.

—Eva, quédate solo un momento más, por favor —solicita la profe de mates ante el nerviosismo de la chica.

Ella sabe que la tutora le va a pedir la resolución de los problemas para aprobar ese primer trimestre. Saca de su carpeta los ejercicios con mucho miedo. Los resultados son correctos, su padre los ha corregido. Eva los ha revisado con el móvil secreto, pero el terror sigue ahí.

Toma 51

Eva está jugando en el patio. Sus 5 años vuelan tras Salva. Quiere alcanzarlo, le ha quitado una hoja seca de los árboles de otoño en ese arranque de curso. La pelea se ha convertido en diversión. Se ríe poniendo velocidad a sus pies.

Consigue lanzarse en plancha sobre el chico. Se convierten en un conjunto humano en el suelo. La hoja se rompe por el impacto. Y Eva pone cara de pucheros, un gesto que adelanta llanto. Salva no quiere que se ponga triste. Esto pasa en pocos segundos. No piensan demasiado, sienten con más libertad.

Salva la levanta del suelo y estira la mano a por otra hoja seca que le regala con rapidez. Eva cambia su primera lágrima por una sonrisa. Sentados en las yerbas del jardín infantil se sienten plenos.

La chica coge un palito y comienza a dibujar en un pequeño trozo de tierra donde la vegetación se ha parado. Muestra la figura de un personaje que tiene las orejas muy grandes.

—Es un duende —reconoce Salva riendo.

—Nooo, no es un duende, es un Elfo —corrige Eva convencida de su obra inicial.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Salva con su sonrisa floreciente .

—Porque me lo ha dicho —explica Eva completamente segura.

—Bueno, será un Elfo verde —cierra Salva poniéndole color a la tierra.

—¡Miraaa! —señala Eva con los ojos clavados en la higuera del patio del colegio. Este árbol está rodeado de otros que generan un clima frondoso.

—No veo nada —reconoce Salva fijando la vista con intensidad.

—Mira bien y lo verás —añade Eva con la inocencia de sus 5 años que le permiten agarrar la mano de su amigo sin complejidad.

—¡¡¡Ya lo veo!!!

Toma 52

—Déjame ver los dibujos, Eva —solicita la profesora de matemáticas después de repasar algún problema con resultado exacto.

La chica saca otra carpeta vieja. Parece que está en segundo plano. Se pone tan nerviosa que necesitaría tocar el móvil secreto para sentirse bien. No puede hacerlo porque lo oculta tras una cremallera especial de la mochila en un estuche perdido. Su ansiedad sin la pantalla crece cada día.

Tarda todavía un tiempo en mostrar su obra. Le tiemblan las manos tanto como su corazón palpita. Desea salir corriendo, pero sabe que su madre no aceptará que esa asignatura siga suspensa.

Asoma el primero de la carpeta de manera tímida. Y no es capaz de seguir mostrando el dibujo. Se le caen al suelo como un río de colorido que explota.

Se arroja para recogerlos con pánico. Están al desnudo, ante los ojos de Ana que también se agacha para tocarlos.

—¡Eva! —lanza la tutora sin continuar su frase.

La chica está al borde de un infarto particular con solo 13 años.

—¿Qué ?

—Son, son… —indica Ana sin encontrar el calificativo que muestre su emoción —son espectaculares —cierra por fin con una sonrisa gigantesca.

Eva se sienta en el suelo, los suelta y se suelta en un lloro retrasado por años. La profe de mates se arrodilla junto a ella y a la obra floreciente. Ambas comparten colorido y dolor. Todavía necesitarán unos minutos para llegar a las primeras risas.

Toma 53

«YO» está lanzando nuevos mensajes de odio desde su teléfono. Se aburre con las historias sobre Elvira, la vieja profe de mates, es un cadáver del pasado. Lo único con lo que se divierte es calentando el ambiente entre su grupo seguidor contra Salva y Eva, especialmente contra Eva.

No soporta esa cara de niña buena que en realidad es una enganchada a las redes que se cree muy lista. Nadie es más rápido que él disparando mensajes de terror. Su móvil es su ARMA.

Él cree que lo usa para defenderse, sin ser consciente de que ataca al mundo. Es su forma de liberar dolor enterrado en años.

—¡Niño, espabila! —le pide su padre sin ningún por favor. Le toca recoger los platos y toda la cocina. En esa casa no hay equipos de apoyo. La familia se ha descompuesto sin ayudarse. Quizás si su madre pudiese levantarse de la cama, fregaría con él algo, pero sigue dormida tras tanto alcohol en vena.

No sabe cómo salir de ahí. Quiere gritar y lo hace, aunque lo hace desde su móvil. Ahí encuentra uno de los nuevos perfiles secretos de Eva.

—La RATA ha cambiado de nombre —ríe en silencio para que su padre no se levante de la siesta frente a la tele. En cada plato que friega de muy mala gana ve a Eva. Busca un culpable de su agonía. Encuentra la bala perfecta.

Toma 54

Los dibujos de Eva iluminan el rostro de la profesora. Ana sabe que ha descubierto un tesoro perdido. Aunque aún no ha localizado el botón de liberación de la chica.

Se han pasado más de 10 minutos analizando el colorido de las obras, hasta que la música del fin de recreo las ha despertado. Eva sigue temblando, ahora el miedo se confunde con una ola de alegría.

—¿Tengo tu compromiso? —decreta Ana tras pedirle que pinte un mural para el instituto.

—Vale —confirma Eva sin sentirse aún merecedora de ese privilegio.

Estas palabras se unen a los gritos de entrada a la clase. Como un río que rompe una presa, acceden al aula. El ánimo general es festivo, toca la hora de móviles, donde analizan con Raúl la investigación sobre el uso de esta tecnología.

En pocos minutos el silencio se instala tras las explicaciones del universitario y la tutora. Todos conectados con sus pantallas, menos Eva. Su madre aún no le ha dejado su móvil. Espera la confirmación de que matemáticas está aprobada para dárselo.

La chica se siente desnuda ante la sesión digital. Raúl le pide con buena intención que supervise a los compañeros. También reclama a Salva y a Angélica para que dejen sus celulares y repasen la actividad de los compañeros, igual que han hecho en sesiones pasadas.

En el baile de miradas, donde ellos se asoman a las respuestas que dan otros para comprobar que no están en otra actividad, Eva tropieza con «YO». Desea alejarse de él y al mismo tiempo siente el deseo de profundizar en ese móvil.

«YO» solicita con una extraña estrategia salir al baño. Deja su aparato encima de la mesa con una sentencia silenciosa:

—Míralo, si te atreves. ¿O necesitas a tu ratoncito para verlo?

Eva está de espaldas a la tutora y al investigador. Ellos no perciben ninguna jugada. Está a punto de pasar de la mesa de «YO» y dejar la tentativa. Sin embargo, su mano actúa guiada por la atracción al móvil. Lo coge esperando un patrón de seguridad que conocía y se sorprende al descubrir que está accesible. Lo tira sin control cuando ve una amenaza.

—¿Pasa algo Eva? —pregunta la profesora ante el ruido del móvil chocando contra la mesa.

—No, no, nada, se me ha caído… —explica aterrorizada Eva siguiendo la fila para ver el siguiente móvil del compañero amigo de

«YO», que también muestra un desafío con su mirada.

Toma 55

La vuelta a su móvil de siempre, ha sido la vuelta a una sensación vacía. Eva soñaba con que su madre le devolviese el aparato para dejar el que tenía en secreto. Ahora se encuentra rodeada de un mayor número de mensajes, más vídeos y una gran tristeza.

En las últimas semanas parece que todo ha mejorado. Tiene las mates aprobadas, han llegado a la cuarentena de la investigación de los móviles y se prepara para pintar el mural del instituto en una pared cercana al gimnasio. Sin embargo, las mariposas que estaban en su alma han volado. Se calma un poco dentro del siguiente vídeo de la red de moda. Vuelve a quedar con sus amigos en el parque.

—¿Qué viste en el móvil de «YO»?

—¿Otra vez con esa pregunta? Eres un pesado, Salva.

—No insistas, sabes que no nos lo va a contar, Eva vive feliz dentro de su viejo móvil —confirma Angélica con enfado.

—Eso no es verdad —lanza Eva levantando la mirada del teléfono.

—Venga, dame tu móvil, quédate 10 minutos sin él —reta Angélica extendiendo su mano para cogerlo.

—No digas chorradas —corta Eva molesta ante el silencio de sus amigos, que la miran con preocupación.

La chica suelta el móvil en el banco donde están sentados, queriendo demostrar que es capaz de vivir sin él. Solo pasa un minuto, un tiempo eterno donde Eva vuelve a cogerlo con furia.

—Lo ves —insiste Angélica —no puedes vivir sin el móvil.

—Y tú tampoco, lista —responde con rabia Eva.

—Tía no te enteras de nada, no te lo digo para meterme contigo. Te lo digo porque necesitas ayuda, estás fatal —explica Angélica dolorida recogiendo su mochila para escapar del parque.

—Ah, ¿te vas? Genial —responde Eva con agresividad.

—¡Ya está bien, chicas! —frena Salva viendo como las dos se quedan de pie mirándose fijamente.

Angélica se aleja con su mochila pesada donde ha guardado su móvil. Camina con rabia. No sabe cómo transmitirle a su amiga que la ve perdida.

Eva se queda mirando la pantalla de pie, levantando la vista leves segundos para ver como Angélica se distancia sin más.

—Eva, por favor, no te enfades. Está preocupada por ti, solo es eso. Ya no nos cuentas las cosas. Cree que te pasa algo más y no dices

nada, te callas —reconoce despacio Salva buscando las mejores palabras que encuentra para que no se sienta herida.

Eva por fin se desploma en el banco agarrada al móvil. Está a punto de explotar.

—Vi un diablo.

—¿Qué ?

—Sí, vi una imagen de un diablo en el móvil de «YO» —reconoce Eva alterada.

—No lo entiendo, ¿y eso te puso tan nerviosa? —le pregunta Salva queriendo ayudarla.

—Sí, porque de fondo, tras la imagen del diablo estaba mi foto.

Los dos se quedan mirándose sentados frente a frente, deseándose sin rozarse. Están apoyados en sus móviles como ARMAS que los protegen en sus manos adolescentes.

Toma 56

Ana ha repasado mil veces los datos de la investigación de los móviles. Las conclusiones de la Universidad es que la clase arroja unas cifras adictivas muy elevadas con respecto a estos aparatos.

Los chicos usan los móviles un número de horas altísimas. También se encuentran bastantes casos de estudiantes con cambios de ritmos del sueño, debido a la utilización hasta altas horas de la madrugada.

El equipo directivo del instituto prepara una charla junto a los investigadores de la Universidad para mostrar los datos. No están satisfechos con el resultado, pero consideran que es lo que hay. Argumentarán que los móviles han sido los causantes de las alteraciones de la clase. También del incidente con la profesora Elvira.

Después las familias que lo deseen podrán acudir a un programa de reeducación sobre las adicciones a pantallas. La conclusión parece brillante. Se les ayudará, aunque aún no se ha planteado cómo.

La profe de mates sigue intuyendo que falta una pieza del puzle. Por eso se reúne con los tres chicos que también han revisado los datos.

—Que feos son los resultados, salimos en la «foto» del estudio fatal —reconoce Angélica apartada de Eva .

—¿Qué quieres decir? —pregunta Salva perdido sin el móvil.

—Que los resultados son muy negativos —confirma Ana entendiendo a la chica.

—Bueno, pero nos van a ayudar —corta Salva.

—¿Tú crees? —expresa por primera vez Eva apretando el móvil en su bolsillo.

—Aquí hay algo raro —expresa con fuerza Angélica.

Esa conclusión une las miradas de las dos chicas. Se encuentran en la amistad del patio del colegio. Regresan a una caída, donde Eva tropieza y se abre una brecha en la rodilla derecha. Angélica le ayuda a los 8 años. Después de las lágrimas, llegarán muchos días de risas.

Toma 57

Eva busca de manera frenética en su ordenador. El portátil echa humo literalmente. Lleva más de 5 horas sin parar. Se envía al móvil los datos que le parecen más relevantes. Así los podrá abrir tumbada en la cama. Cuenta con vía libre, su padre está trabajando. Podrá pasarse toda la tarde conectada.

En la habitación de al lado, el padre termina su informe de teletrabajo. Lo hace mirando con ansiedad los mensajes de la nueva relación de pareja. Vuelve a caer en otro vacío sin sentido. ¿Qué le pasa?

Cuando recibe una palabra cariñosa con un corazón, respira. Suelta el móvil y busca a su hija. Abre la puerta levemente y la ve tirada en la cama con el móvil y los auriculares. Desea hablar con ella, pero no se atreve. Quiere entrar en su mundo, pero no sabe cómo. Se dispone a cerrar la puerta y dejar el espionaje cuando Eva grita.

—¡¡¡Lo tengo, lo tengo, lo tengo!!! —lanza levantando el móvil en señal de victoria sin ver a su padre en la puerta de la habitación.

—¿Qué pasa?

—¡¡¡A por ellos, vamos a por ellos!!! —sigue gritando Eva incorporándose en la cama y viendo por fin a su padre.

—¿Qué te pasa hija ?

—Nada, nada papá.

—¿Seguro? —solicita el padre como pidiendo permiso para sentarse en la cama con ella.

—Bueno…

Esa palabra lo invita a acomodarse junto a su niña.

—He descubierto algo sobre la investigación de los móviles.

—¿La de los 40 días analizando el uso de los teléfonos en el instituto?

—Sí.

—Creí que ya había terminado el estudio.

—Sí, ha terminado, pero…

—Puedes contármelo.

—Es que…

—De verdad mi niña.

Eva emprende un río de palabras en el que su padre trata de bañarse de comprensión. Se le escapan muchos detalles. Toma consciencia de

que ha estado desconectado de su hija.

—Te acompaño para hablar con la tutora.

—Nooo, no papá, no hace falta.

—¿Y si es peligroso? Es un dato muy llamativo.

—Tranquilo, lo tengo controlado —cierra Eva como si estuviese en una película de espías.

—Está bien, pero me llamas mañana en cuanto salgas del instituto —solicita el padre con preocupación.

Toma 58

Eva le confiesa a Salva que tiene que hablarle de algo muy importante, sin aclarar el tema. Los mensajes se cruzan sin comprensión en sus móviles. Desean encontrarse en la puerta del instituto para resolver el misterio.

—Tenemos solo 5 minutos o llegaremos tarde a la primera hora —reconoce muy nerviosa Eva, mientras le enseña unas capturas a su amigo.

Salva mira la información sin entenderla. La ve, pero no la comprende. Necesita una aclaración que llega pronto. Angélica cruza la calle y se suma a la pareja. Eva no la ha invitado, sin embargo, la espera como salvación, aunque todavía guarden minutos tensos por la discusión del móvil.

—¿Qué hacéis?

Angélica comprende en la mirada de Salva y Eva que sucede algo que va a cambiar ese día. Coge por fin el celular de su amiga y observa en unos segundos las capturas de pantalla.

—¿En serio? ¿Esto es verdad? —cuestiona Angélica impactada.

—No puede ser, no lo entiendo —reconoce Salva.

—Es la pura verdad, lo encontré tras buscar en páginas de inversiones en bolsa. Ni siquiera sé cómo llegué hasta allí —reconoce Eva poniéndose en marcha para entrar en el instituto y llegar a tiempo a lengua.

Las horas pasarán con eternidad hasta que el recreo los libere de las dudas. Los tres confirman el mismo objetivo: hablar con la tutora. Es la única salida.

Toma 59

Eva no deja de llorar. Angélica comprende ese dolor de 8 años. Tiene la misma edad. Le agarra una mano mientras un maestro cura su rodilla herida. Las dos chicas pueden quedarse en esa clase especial que sirve de botiquín de remedios. También alberga la biblioteca infantil.

El maestro ha llamado al padre de Eva, le toca con él en esa etapa de divorcio. También le ha regalado una caja de lápices mientras espera. Su nueva amiga le ha llevado un folio blanco nieve.

Sentadas ante una mesa verde, Eva ve enredaderas de colores que salen del folio y trepan por los libros. No se resiste a la tentación. Saca los lápices y dibuja a gran velocidad.

—¿Son plantas arcoíris? —pregunta Angélica con una sonrisa.

—Sí, son de otro mundo —responde con una alegría limitada Eva, porque escucha la voz de su padre que llega por el pasillo para recogerla.

Ya no le duele la gran herida de la rodilla. Le duele su dibujo que arruga y lanza a una papelera. No quiere que su familia lo vea. Se levanta cojeando y antes de salir, se da la vuelta y le regala a Angélica la caja de lápices. La nueva amiga no entiende el gesto, aunque acepta los colores con una gran sonrisa. Es el inicio de un camino juntas.

Toma 60

Lo que iba a ser una reunión de recreo de 15 minutos se convierte en una hora. Ana ya ha avisado al profesorado para que no anoten faltas de asistencia a los tres chicos.

Llega el momento de las conclusiones. Han viajado en internet. Parece mentira que casi todo esté a la vista, que no hayan ocultado la verdad. Aunque Eva se ha pasado días y días buscando, ahí está la información.

—Desgraciadamente es cierto —certifica la profesora de matemáticas como si hubiese resuelto el problema más importante de los últimos años.

—Los datos cuadran —responde Angélica asustada.

—No me lo puedo creer, ¿por qué han hecho eso? —solicita Salva.

—Mejor pregúntate, ¿para qué? —corta la tutora con dolor.

Eva sigue contemplando los papeles que han sacado por la impresora de las muchas capturas de pantalla.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —cuestiona la descubridora del pastel tecnológico, sin soltar su móvil como muestra de las pruebas.

—Lo presentaré en el claustro y después en el consejo escolar —reconoce Ana a los chicos.

—¿Nos han engañado? —pregunta con tristeza Salva.

—Sí, nos han mentido —valora Ana.

—No lo entiendo, de verdad, ¿por qué? O, ¿para qué? —vuelve Salva con angustia a preguntar.

—Para que vivamos enganchados con el móvil —responde enfadada Angélica mirando a su amiga.

Eva baja la mirada, su descubrimiento la deja desnuda. Comprende que la investigación de la Universidad es una tapadera. Ana resume las respuestas lo mejor que puede.

—Chicos, tranquilos. No os desaniméis. Lo que Eva ha descubierto nos ayuda a todos. Este estudio no es más que una forma de dejaros atrapados aún más en los móviles. Se ha creado con esa intención. Siento mucho no haber destapado yo misma esto antes. Desde el principio sentía que pasaba algo raro. Mi intuición me indicaba que investigase, sin embargo, no lo hice. Lo siento mucho. Los tres chicos se miran como atrapados en una madriguera. ¿Son víctimas?

Toma 61

La reunión más tensa de la historia termina en 30 minutos. La directora corta radicalmente las intenciones de Ana. No está dispuesta a soportar otro escándalo en televisión y redes. Cuenta con el apoyo del equipo directivo.

—En conclusión, ¿nos vamos a quedar callados con lo que le han hecho a mi clase? Os recuerdo que yo soy la tutora, la responsable de esos adolescentes —ataca Ana sin saber que argumentar ya.

—No te lo tomes así mujer —corta el jefe de estudios.

—Ana, tranquilízate —solicita sin freno la directora.

—¡Estoy tranquila y cabreada! ¿Cómo es posible que no veáis que la investigación es falsa?

—Los datos son reales, los chicos utilizan demasiadas horas los móviles.

Ana suelta una carcajada de dolor. No quiere usar la ironía. Vuelve a confirmar el dato esencial.

—Sí, todos usan el móvil de manera abusiva, pero la empresa que ha facilitado la investigación de la Universidad es precisamente de eso, de móviles. Esa tecnológica solo quiere que ellos estén más enganchados. No busca ayudarlos. Los ha utilizado como ratas de laboratorio .

—Eso no podemos demostrarlo —argumenta otra profesora.

—¿Cómo? Claro que podemos demostrarlo, llevo media hora enseñando papeles donde dice que la propietaria que financia el estudio es esta compañía fabricante de móviles.

—Eso no quiere decir nada, puede estar invirtiendo en un uso responsable —cierra el jefe de estudios.

—Claro, igual que empresas tabacaleras supuestamente ayudan en temas de salud. ¿En serio? ¿No vais a hacer nada? —comprende Ana con un dolor infinito recogiendo los papeles de la investigación de Eva.

—Esto no debe salir de aquí, hasta que no analicemos las soluciones que proponen desde el estudio universitario —decreta la directora invitando a disolver la reunión.

Ana sale del despacho sintiendo que está realmente sola, sola por miedo, miedo al qué dirán, miedo a romper con casi todo.

Toma 62

La cafetería está rodeada de jardines. La primavera trepa por las columnas de madera de la terraza. Allí cuentan con una mesa tranquila los tres *«mosqueteros y D'Artagnan»*. Sí, han conseguido dejar sus móviles y hablar sin ellos. Todos menos Eva. Ella sigue acariciando en el bolsillo de su pantalón ancho el dispositivo que la alimenta. Parece un suero que llegase a sus venas.

La profesora les ha pedido un millón de veces disculpas. No sabe cómo denunciar lo que está pasando. En realidad, sería sencillo. Llamar a algún periodista y contar la verdad. Los chicos la frenan.

—Eso no ayudaría —reconoce Salva.

—No puedes hacer eso, Ana —corta Angélica.

—Te pasaría lo mismo que a Elvira —reconoce con dolor Eva.

—¿Qué pasó realmente con la anterior profesora expulsada? —solicita Ana.

—Que la echamos —explicó Angélica bajando la mirada.

—Contadme por favor —suplica la tutora.

—Eso no es verdad… —lanza Salva.

—Tú estabas allí, igual que Eva, igual que yo —certifica Angélica con furia.

—¿Cuál es la verdad? —implora Ana.

—La verdad, la verdad, la verdad… —insiste Eva poniéndose cada vez más nerviosa, agitando los papeles que certifican otra verdad sobre la investigación universitaria.

—Puedes contarme, Eva, confía en mí —apoya con sus palabras cariñosas la profesora de mates.

Eva explota como un globo gigante. Gestos inesperados en su aparente «tranquilidad». Tira los papeles de la mesa y rompe alguno que aún guarda en sus manos como garras. Grita y llora al mismo tiempo.

—¡¡¡La verdad es que no hicimos nada!!! ¡¡¡La verdad es que dejamos que una mentira fuera verdad!!! ¡¡¡Nosotros estábamos cuando Elvira se puso a gritar, pero no, no, no…!!!

—No le pegó a nadie —cerró Angélica roja de vergüenza, mientras Salva agachaba la mirada, sin saber dónde esconderse.

Ana agarra a Eva, le quita los pocos trozos de papel de sus manos y la abraza. La adolescente se transforma en una niña que se derrite de dolor. Llora y llora y llora ante el silencio de los jardines que los

rodean. El camarero no acude a interrumpir la cita, ya había dejado agua en la mesa.

Toma 63

Ana ha conseguido que Eva se tranquilice un poco. Les habla con infinito cariño.

—No sois culpables. Visteis una situación que fue engordándose y convirtiéndose en una mentira.

—Pero podíamos haber dicho algo —reconoce Eva secándose las lágrimas.

—Verdad —acompaña Angélica también llorosa.

—Y no nos habrían creído —pronuncia Salva con un hilo de voz muy bajo.

—Eso es, habrían dicho que erais unos mentirosos, porque se había construido «la verdad» que querían, aunque fuese mentira. No es un juego de palabras.

—Es un juego terrible, porque Elvira tuvo que irse a su casa —valora Eva.

—Quizás es lo que necesitaba —reconoce con pena la tutora de los chicos.

—En realidad, no nos gustaba —reflexiona Salva —pero no queríamos que le pasara algo así.

—Yo he pensado alguna vez en mandarle un correo —explica Angélica .

—Yo también —añade Eva —pero se habrían dado cuenta de que mentimos, de que sabíamos lo que había pasado.

—Insisto, no sois culpables. Si queréis busco la forma de contactar con Elvira y veo si podéis hablar o escribirle, ¿vale?

—Ok —sella Eva dándole la mano a la profesora —con una condición, que tú tampoco cuentes la verdad.

Eva agacha la mirada con tristeza ante su profe de mates. Recoge el mismo deseo de Salva y Angélica. Los tres están de acuerdo.

—A ti no queremos perderte —solicita Angélica.

—Por favor —ruega Salva.

Toma 64

Ana lleva todo el fin de semana analizando los datos de la investigación universitaria de los móviles. Une todas las piezas de la trama. Aborda sus conclusiones con su pareja de vida. Él la comprende y la apoya. Respeta sus decisiones.

—Lo que más me duele es que han usado a los estudiantes ante mis ojos sin darme cuenta. Una investigación para demostrar que son «adictos» al móvil, curiosamente usando el móvil. Ahora comprendo que los ejercicios no se pudieran hacer en papel. Durante 40 días han utilizado los teléfonos en clase. La mejor forma de que realmente abusen de ellos. Y además en la aplicación de recogida de datos, se han quedado con sus vidas. Conocen sus horarios, sus gustos, sus edades, sus datos personales… Lo saben todo. Han robado y encima quedan como «los buenos de la peli», diciendo que ofrecerán soluciones para estos «enganchados» al móvil… —cierra Ana con un enfado largo.

—Y esas soluciones para la adicción a las pantallas las plantearán desde alguna nueva aplicación de móviles —reconoce su pareja.

Ana comprende que la jugada es perfecta para la multinacional tecnológica. Ya ha hablado con Raúl, el investigador de la Universidad que la ha acompañado en la cuarentena. Sin embargo, el joven no entiende casi nada. Es un conejillo atrapado en la caja de pandora.

—Es como si una industria de bollería reconociese que sus dulces son malos y los regalara en la puerta del cole como solución —confiesa Ana asustada con el resultado.

—Es veneno dulce —certifica su pareja.

—¿Qué puedo hacer? —pide Ana.

—Quizás, cariño, va más de SER, que de Hacer. Confía en la vida.

Toma 65

«YO» se siente desplazado, herido, dañado. Es el friegaplatos de casa. Es el falso líder de un grupo que queda sin víctimas. Un antihéroe que no consigue a su presa. Lleva semanas obsesionado con Eva. Analiza cada foto que ve de la chica en redes.

Los pocos vídeos de la adolescente los persigue una y otra vez. Repasa cada seguidor nuevo que tiene. Investiga a sus «amigos» digitales. Y no encuentra lo que desea, algo se le escapa. Sabe que hacen reuniones «clandestinas» con la dichosa tutora, como él la llama. Cuando localiza una imagen de Salva, aún se pone más nervioso.

—No aguanto al ratón de mi rata.

Detrás de esa obsesión: ¿qué hay?

Se tropieza con sus recuerdos de 5 años. Los expulsa como una basura que se repite en su estómago. No quiere volver a infantil. No quiere ver a Eva dibujando. No quiere contemplar a Salva con ella. No quiere creer que él estaba allí, aunque fuese una sombra que nadie veía.

Toma 66

Ana ha conseguido al menos que las soluciones que plantea la Universidad no se hagan desde el móvil. Ha utilizado los datos «secretos» de lo que hay detrás para hablar con el rector. El cargo más alto del escalafón no quiere una publicidad tan negativa. Busca medallas que pongan el nombre de la institución como la que repara estas adicciones digitales. Un poema de «falsas verdades». La profesora de mates no ha contado con el equipo directivo para mantener esa charla.

—Está bien, Ana, presionaré al grupo investigador para que no se utilicen móviles en los ejercicios contra la adicción.

—Mejor presione usted a la empresa tecnológica.

—Esa empresa no existe —certifica el rector —yo solo tengo acceso al fondo de inversión que ayuda en su centro educativo.

—Diga lo que quiera, pero usted sabe la verdad —corta Ana.

—La verdad, la verdad tiene muchos matices. La verdad es que usted está aquí sin el apoyo del equipo directivo del instituto. Tampoco cuenta con ninguna mano alzada del consejo escolar, esa es la verdad.

—Yo no voy a impedir que usted salga bien en la foto del circo de las redes. Tampoco que aparezca en televisión con las medallas que quiere, pero levantaré toda la basura si utilizan más a mi clase. ¡Ni un móvil más para recabar datos de ellos, ni para que se queden con mayor enganche haciendo supuestos ejercicios!

—¿Me está amenazando?

—No, estoy cerrando un trato, donde ganamos todos —ofrece Ana mostrando una firmeza que tiembla por dentro.

—Está bien, hemos terminado, la acompaño a la salida.

Toma 67

Las redes vuelven a convertirse en un río de «noticias» sobre el instituto de Eva. Su clase será el ejemplo de liberación de móviles. La foto de la directora con el rector de la Universidad se comparte en televisiones. También llega por mensajes infinitos de teléfonos.

El «bien» parece vencer al «mal» en aquella clase «horrible», donde una profesora pega a una alumna por la adicción a los móviles. El montaje teatral es tan profundo que nadie cuestiona lo que está pasando.

—Menos mal que por fin hacen algo bien en tu instituto —reconoce la madre de Eva mirando la pantalla informativa del telediario.

Eva esconde el móvil entre sus piernas sentada en el almuerzo. No sale corriendo porque ha llegado a un acuerdo con su tutora.

Los tres chicos mantendrán silencio para hacer de verdad ejercicios sin móviles. Tareas que les ayuden a salir de esa prisión. Eva no se siente en paz con ello. Ha aceptado el trato, porque teme que Ana sea la siguiente víctima. Si la profe de mates cuenta la verdadera verdad, dirán que se ha vuelto loca, que es la primera adicta al móvil, que estaba recopilando datos de los chicos, que ha vendido esa información a la empresa tecnológica. Ella sabe que son capaces de eso y de mucho más. Así que guarda silencio, un silencio que rompe por dentro su alma.

Tras la comida familiar rápida, huye al parque. Está deseando ver la primavera con sus amigos. La consuela el abrazo de Salva. Cada día se siente más protegida con él y con Angélica.

—No soporto tanta mentira —vomita Eva con el móvil en las manos.

—Tranquila —corta Salva entendiendo la tensión.

—Yo tampoco —reconoce Angélica mirando a su amiga —por eso te pido que dejes tu móvil.

Eva se queda bloqueada ante su amiga. Parece que quiere arrancarle la ropa. Dejarla sin protección en medio del parque.

—¿Qué dices?

—No quiero fastidiarte Eva —reconoce con cariño Angélica.

—Pues no me ayudas mucho —explica con desagrado Eva.

—He hablado con mi madre, me ha dicho que conoce a una psicóloga muy buena para dejar el móvil. Si tú quieres, ella hablará con tu padre.

—¿Te has vuelto loca?

—No, solo quiero ayudarte, de verdad.

—¡Otra vez con la verdad, la verdad es mentira! —lanza gritando Eva mientras tira su móvil al césped del parque.

Entre las sombras observa alguien la escena. En su hábitat natural, «YO» persigue fotos y vídeos para trazar un plan que entierre a su deseada Eva.

Toma 68

«YO» rompe de rabia cosas en su habitación. Esos gestos de dolor dan igual. Nadie parece escucharlo. Se suman a su desorden. Su madre en un cuarto cercano se incorpora de la cama. Busca ayudarlo, aunque su índice de alcohol la mantiene casi dormida.

El chico siembra el silencio en su reducido espacio. Se queda sentado en un rincón del suelo llorando. Sus lágrimas no se aprecian. Ha encontrado un recuerdo de infancia. Un dibujo robado, porque él nunca recibió una pintura de Eva, aunque estuviese algunos cursos en la misma clase de la chica. Lo cogió de su maleta de primaria. Su primer robo.

«YO» regresa al patio de su cole. Tiene 8 años. Allí ve como su soñada Eva se cae frente a un gran escalón de piedra. La niña se abre una gran herida en la rodilla. Corre casi sin respirar hasta ella. Quiere ayudarla con el corazón en la boca. Y cuando está a punto de rozar su cuerpo, otra chica le roba la jugada. Angélica ha levantado a Eva del suelo que grita de dolor.

Él le lanza que se tranquilice, que está allí para lo que necesite. Estas palabras las dice con miedo entre los dientes. Se convierte en un fantasma. Observa como Angélica ayuda a Eva junto a un maestro a entrar en el colegio.

Él estaba allí y nadie lo vio. Fue un niño invisible, quizás sigue siéndolo. Se siente abandonado, empujado y olvidado. En realidad, hoy no reconoce esas emociones. Quizás por eso necesita llamarse, «YO».

Toma 69

Después del dolor de cabeza, después de las molestias continuas en la espalda y el cuello, después del agujero de vacío… Eva tira por fin el móvil en su cama. Ha perdido la cuenta de horas de pantalla atrapada en su habitación.

Su padre la siente llorar desde el cuarto contiguo. Está teletrabajando, en realidad lleva una hora perdido en su móvil. Por fin se atreve a dejarlo en silencio. Le quita el volumen, el poder de absorberlo. Deja pendiente los mensajes de amor deseados. Y se levanta con soluciones en las manos. Se dirige a la habitación de Eva, toca suavemente y abre la puerta que no estaba cerrada del todo.

—¿Estás bien, hija?

Eva se encoje tras un cojín gigante. Se convierte en una bolita que desea regresar al vientre materno. Su posición fetal la protege.

Su padre se atreve como nunca a sentarte junto a ella. Recupera el espacio perdido. En la cama le acaricia el pelo con ternura infinita. Este suave masaje recoge las lágrimas de Eva.

—No puedo más, papá.

—Lo sé.

—¿En serio? —reconoce sorprendida Eva saliendo de su postura y mirándolo a los ojos.

—Sí, te he dejado perdida en el móvil —hace una pausa de dolor —y yo me he dejado arrastrar con las pantallas hasta olvidarme de vivir de verdad.

—¿Y qué vamos a hacer? —solicita Eva secándose las lágrimas y cogiendo un pañuelo de papel que tiene en la mesilla de noche.

—Solucionarlo. Esta vez voy a construir la casa bien. Primero voy a acudir a una psicóloga que me han recomendado para que me ayude con la adicción al móvil y a las relaciones de pareja tóxicas —hace una pausa esperando la aprobación de su hija comprobando que el móvil está en los pies de la cama —me la ha recomendado la madre de Angélica, y…

—¿Y después? —solicita Eva comprendiendo por fin a su padre.

—Después si tú quieres, te vienes conmigo a la consulta —sugiere con temor al rechazo.

—¿Y qué dirá mamá? Ella piensa que eso son chorradas, que solo hay que dejar el móvil y punto, pero no puedo —arranca con un nuevo llanto contenido abrazada a su cojín.

—Lo sé, por eso no vamos a dejar ni un día más. Lo siento mucho mi niña. He tardado demasiado en reaccionar —se lamenta el padre abrazándola.

Los dos se funden en el dolor y en la esperanza de salir de las máquinas. Observan una pequeña luz al final del túnel.

Toma 70

Eva camina por el instituto muy nerviosa. Su padre lleva un mes con la psicóloga y en la próxima visita tendrá que ir ella. Siente terror ante la idea de dejar el móvil aparcado, aunque le ayudan mucho los ejercicios que la tutora ha conseguido.

Las noticias y los memes se han reducido en el centro. Desde que llevan medallas de mejora, casi todos valoran los avances que están haciendo con la «clase maldita».

Esa es la teoría, en la práctica, la chica supuestamente maltratada por Elvira, la profe de mates, vuelve a faltar. Los rumores dicen que Elena ha intentado suicidarse. Esos mensajes rápidos se han ocultado en el progreso que ha conseguido la investigación universitaria premiada.

Esta misma semana celebrarán la fiesta de la primavera y llamarán a los medios para que aparezcan vídeos «positivos» del instituto. Además, han conseguido una subvención para climatizar el centro. Las obras están iniciadas. En los rellanos hay tuberías para el aire acondicionado y materiales de construcción apilados lo mejor posible para evitar tropiezos.

En las escaleras de la tercera planta, han puesto una gran valla con indicaciones de peligro. En pocos días sustituirán el gran ventanal por un cierre que ayude en la eficiencia energética del edificio. Así cumplirán mejor con la famosa agenda 2030, frente al cambio climático.

Todo en el centro parecen buenas noticias, sin embargo, Eva camina con intranquilidad por las escaleras. Se para en el descansillo donde está la barrera protectora del ventanal gigante y su corazón se acelera. Ese espacio no es peligroso, está protegido con las normas de seguridad, aun así ella siente vértigo.

Avanza por el pasillo. Está deseando encontrarse con Salva y Angélica que tenían otra optativa. Cada vez le cuesta más separarse de ellos. Unos metros antes de la deseada llegada, choca en la muchedumbre de adolescentes con «YO». El chico la desafía con su mirada. Eva siente rechazo.

—¿Te crees muy listilla? ¿Eh? —verbaliza «YO» como un gran líder de la pelea.

—Yo no me creo nada, ¿y tú? —corta Eva sin esperar conflicto.

«YO» le cierra el paso, nadie parece darse cuenta entre tanto alboroto. El pasillo está inundado de gente.

—¿Qué haces? —solicita Eva buscando salida.

—Encerrar a la rata —lanza «YO» entre carcajadas tratando de abrazar el cuerpo de Eva.

La chica le da un empujón que él recibe como un cariño agresivo. El contacto con su piel despierta aún más su deseo. Frena sus intenciones de retenerla más tiempo, porque ve a la tutora acercarse a ellos.

Eva se escapa en ese baile de gente apelotonada. Como en una estación de trenes a punto de partir, coge el suyo sin que «YO» pueda remediarlo. Huye con mucho miedo. Recuerda los mensajes de RATA y RATÓN. Teme más por Salva que por ella, aunque no dice nada. Se agarra con fuerza a su móvil encerrado en su bolsillo ancho del pantalón.

Toma 71

Una parte de «YO» quiere disculparse con Eva. Otra parte coge el cigarrillo electrónico a sus 14 años. Fumar con el vaper lo hace sentirse grande. Camina hacia el parque esperando verla en la distancia. Mientras, martillea su cerebro con letras de prisión, música rapera que rompe con el respeto en auriculares pegados a sus oídos.

«YO» ha conseguido entrar en uno de esos juegos clasificados con XXX de adulto. Tiene pirateado el acceso por un «hermano» de clase. Su grupo cada vez lo protege más. Quieren que su líder haga algo contra los ejercicios en papel para dejar los móviles. Eso de la adicción a las tecnologías les suena a «rollo total».

Lo que ve lo enciende. Parece consumirse con el humo que expulsa con agresividad. A lo lejos Eva abraza a Salva o Salva abraza a Eva.

—Esas ratas… —mientras apunta con el móvil como si fuese un **ARMA invisible** que capta la imagen a miles de metros. El zoom le permite meterse en sus pieles.

La furia lo hace sudar con el aparato en las manos. Una, dos, tres… olvida el número de capturas. Graba en vídeo y monta las imágenes con filtros y *emojis* que lanzan corazones rotos. Finalmente se tira contra el tronco de un árbol del parque .

Allí termina su obra fatal. Un vídeo donde Eva y Salva parecen besarse. El montaje finaliza con la fractura de la supuesta pareja que explota en dos mitades dividida por un rayo negro.

No piensa, actúa guiado por el odio que sube por su garganta. Cuelga el vídeo en la red de moda. En solo un minuto acumula muchos *likes*, compartidos y nuevos seguidores.

Ese vídeo no lo dejará dormir. Se convertirá en pesadilla. «YO» lamenta en el fondo de su alma el daño que ha levantado contra su deseada Eva.

La chica tampoco pegará ojo. Se quedará atrapada en la red, aterrorizada ante los comentarios de odio de la gente. Avergonzada del abrazo que le dio a su amigo.

Salva le mandará un millón de mensajes para calmarla. Le pedirá por primera vez en su vida que suelte el móvil y duerma, porque él quiere lo mejor para ella.

Angélica descansará sin escuchar la tormenta. Lee un libro sobre un colegio donde pasan cosas raras. Se titula «Escuela Mágica» y está deseando compartir con sus amigos que en esa novela hay plantas de colores, como las que Eva pintaba de niña en el cole.

Toma 72

Una noche de terror. De móviles despiertos, de risas, de comentarios y de dolor. Una noche sin sueño. Eva entra en el instituto sin Salva un buen rato antes del inicio de clases. El chico se ha quedado dormido. Su amiga Angélica tampoco responde al móvil.

Desea que la tierra se la trague. Ha recibido las primeras miradas directas. Las risitas de los madrugadores que deja un autobús escolar en las puertas del instituto. Esos gestos son reales. Están fuera del móvil. Han visto el supuesto beso con su amigo Salva. Por eso corre sin haber descansado. Quiere ocultarse en el último rincón, aunque teóricamente no se pueda acceder todavía. Ni siquiera ve la cinta de plástico de prohibido que suelta en las escaleras. La atraviesa como quien supera una meta soñada. «YO» la sigue con su móvil.

Eva sube las escaleras muy nerviosa. Está agotada. Se para en el descansillo de la tercera planta. Como aún no ha tocado la sirena de arranque, los albañiles se han movido para buscar agua. Tienen previsto poner el nuevo cierre que reducirá la pérdida energética del edificio antes de que empiecen las clases. Comprueba que el gran ventanal está vacío. Solo una valla gigantesca amarilla protege de la caída libre de la última planta del edificio.

«YO» persigue a Eva. Muchos chicos esperan abajo. Se supone que no se debe subir a clase tan pronto. El conserje está abriendo otra puerta en el patio. La directora se está bajando de su coche en el aparcamiento ajardinado. Ana se acerca caminando con una sensación rara hasta el porche principal del instituto.

Salva se despierta con una pesadilla. Se viste sin sentido y corre con tan pocas horas de sueño que casi recibe un atropello en un paso de cebra. Angélica pasea ilusionada para hablar del libro que lee. El padre de Eva siente un dolor en el pecho. La madre de Eva recibe un calambrazo cuando toca la puerta de su coche llegando al trabajo.

Y Eva, Eva recibe el empujón de «YO»… en una cámara lenta de segundos, los chicos se han mirado, se han odiado, se han reconocido. Han discutido sin palabras, y Eva no ha podido esquivar el empellón, porque ha bajado sus ojos hasta su móvil. El móvil que supuestamente la protege, la acompaña al vacío.

La chica sale despedida por el ventanal gigante. Cae en los pies del alumnado que entra. Su cuerpo rebota en el suelo como una imagen congelada de un vídeo viral.

La sangre inunda los gritos de terror. Leo corre desde la otra punta del edificio sintiendo que algo grave sucede. El conserje sabe que es

cuestión de vida o muerte. La directora tira sus apuntes al suelo ante la visión de una Eva, que ya no vuela por los cielos. Los albañiles aceleran el paso con las botellas de agua en las manos. Ana ruge de dolor desde el portón principal hasta el cuerpo de la chica. La ha visto caer.

El círculo de sangre se ensancha, ante la primera llamada a emergencias del conserje. Su teléfono se abre con utilidad veloz. Es el primero que actúa ante la avalancha de pánico. Ana se arrodilla por fin ante la cara ensangrentada de Eva. Sus piernas están en posiciones distintas a las habituales en su cuerpo roto. Su respiración no se siente, mientras su móvil sí sobrevive a la caída de tres plantas, cerca tiembla en vibración ante la insistencia una y otra vez de las llamadas de Salva con la pantalla fracturada.

Toma 73

El grupo «malote» rescata a «YO» que baja las escaleras con el móvil en la mano. Se dividen creyendo que ayudan al líder. Unos, se acercan a la puerta principal y graban en vídeo lo que queda de Eva. Otros, colocan la banda de plástico que cortaba las escaleras. Todos argumentan que la chica se la ha saltado y se ha lanzado. «YO» está a punto de contar la VERDAD, pero sus amigos lo paran.

—Tío tranquilo, esa rata está acabada.

—Ella se lo ha buscado.

—Estaba loca con el móvil.

—Ni ha visto la protección de seguridad.

—Es una suicida.

Esos mensajes no calman el dolor de «YO». Su alma tiembla por dentro, mientras la sirena de arranque salta en automático con las sirenas de ambulancia y policía. Esas palabras de su grupo construyen otra realidad, la nueva «verdad».

Ana no se ha alejado de Eva ni un segundo, aunque no encuentre la respiración de la chica. «YO» se derrumba en una columna del porche de la entrada, cuando por fin la ve en el suelo tintado de sangre .

Salva atraviesa el portón antes que los médicos de la ambulancia. Aparta a la muchedumbre que mira sin saber qué hacer. Se arroja al suelo junto a Ana que lo sujeta como puede. El chico pretende abrazarla, devolverle la vida que se escapa.

Por fin los sanitarios ponen orden en una celebración trágica. El horror real se oculta tras muchas pantallas que graban. No lo hacen por morbo, lo hacen por instinto. Se ocultan tras los móviles salvajes.

Angélica corre cuando ve policía y ambulancia en la puerta del instituto. Tira todo, hasta su móvil apagado que estaba a punto de encender, cuando una camilla desplaza volando a una Eva sin Eva.

Sus gritos se suman a los de Salva. Se encuentran en un abrazo de muerte. Ana los frena subiendo a la ambulancia con la nueva víctima. La UVI móvil corre sin saber si llegará a algún destino. Las probabilidades se ahogan en cada segundo.

El padre de Eva ve a su hija ensangrentada en un vídeo en la red principal. Ha accedido aunque su psicóloga frente adicciones digitales le suele recomendar que no entre. Pronto internet estará minado con su muerte. Una marea que se llevará por delante todo lo conocido, todo lo vivido en ese instituto de «verdades».

Toma 74

La policía cuestiona una y otra vez qué ha pasado. Nadie parece entender la verdad. De momento la hipótesis de suicidio crece. Cuando las preguntas le llegan a «YO», su grupo lo protege, responde por él. Argumentan que el chaval está conmocionado porque subió para intentar que no se tirara, pero no llegó a tiempo. Esa verdad no la grabó nadie.

—Entonces, ¿tú viste cómo saltaba al vacío? —pregunta un agente por décima vez a un «YO» que por fin rompe a llorar.

La investigación corre como la sangre de Eva. La policía científica rastrea las redes y encuentra los vídeos del supuesto beso con Salva. Los mensajes de odio…

En internet se construye la verdad falsa. Salva sigue recibiendo ayuda psicológica junto a Angélica. Aunque las clases quedan suspendidas, cientos de adolescentes perdidos se quedan en las puertas del centro. Dentro está el claustro de profesores. Solo falta Ana.

Salva no puede contestar a la policía. Confiscan su móvil para interpretar los mensajes que recibe Eva hasta las 5:00 de la madrugada.

En el último aparece la frase clave.

—Me quiero morir, no soporto lo que dicen de nosotros …

Estas palabras de Eva parecen delatar su propia sentencia de saltar al vacío.

Angélica trata de comprender lo incomprensible. Ella no vivió la noche de odio en redes. Ella no vio el abrazo de sus amigos. Ella no leyó los mensajes brutales.

—¡Eva no se suicidaría! ¡Eva no saltaría! —arroja gritando y llorando a la vez. —¡¡¡Algo ha pasado!!! ¡¡¡Eva sabe muchas cosas que no debe saber… el móvil, el maldito móvil!!!

Toma 75

Solo han transcurrido dos horas de la caída al vacío de Eva y el claustro sigue reunido. Quieren terminar con el dolor incomprensible cuanto antes. Tienen a una veintena de medios fuera, incluso cámaras internacionales en las puertas del instituto de «moda». Graban el lugar de la caída, los restos de sangre y a las familias que han acudido pidiendo explicaciones. En un mundo global, pronto la noticia cruza las fronteras con el titular de «posible suicidio por un ataque en redes sociales».

El circo sigue en todo tipo de pantallas. La realidad se enfría en una sala de hospital donde los gritos y el llanto de terror, se rompen con reproches. La madre de Eva trata de golpear al padre, pero su marido actual se lo impide. Lo considera culpable de la tragedia. Esta escena se queda grabada en la mente de Ana. La profesora se siente miserable en una silla de hospital. Tantas mentiras han llevado a una única verdad: la falta de Eva.

Toma 76

Segundo día sin clases. Es la conclusión del claustro para poner en orden el centro. El ventanal nuevo de la tercera planta del instituto no deja pasar ni el frío, ni el calor. Consigue una eficiencia energética alta, a un precio imposible de pagar. La empresa de construcción ha trabajado día y noche para dejar esa zona del instituto completamente terminada.

Además de los medios que viven en la puerta, la policía sigue recopilando información. Los peritos del seguro escolar revisan los supuestos pasos de Eva para hacer cuentas de la indemnización. Números, pistas y lloros.

La directora camina tras salir en pantalla calmando los ánimos del alumnado asustado y las familias alteradas. Recorre el pasillo que la lleva hasta su despacho. Parece un corredor de la muerte con un silencio extraño. Por fin llega hasta su mesa para tirarse en el sillón. Necesita cerrar los ojos, lo necesita para lanzar las lágrimas que tanto le duelen.

Ha llamado un millón de veces a la profesora de matemáticas. Ana no le coge el móvil. Quiere disculparse con la tutora de la clase «maldita». Sabe que tenía razón, que ese estudio de adicción a los móviles no ha ayudado. Teme que en realidad haya sido el desencadenante del salto de Eva. Se siente culpable.

Parece que 24 horas después del vuelo de la adolescente desde una tercera planta, se certifica el posible suicidio. La directora ha repasado los mensajes que ha visto en redes sobre el abrazo con Salva.

La policía bucea en internet hasta el origen del primer vídeo. Y aunque localizan una cuenta pirata de «YO», los agentes no consideran que el chico sea culpable del suceso de Eva. Certifican que colgó imágenes sin ninguna amenaza concreta, un «meme» que se viralizó y se convirtió en algo muy desagradable para la víctima, de manera desafortunada.

Localizan datos de la adicción de Eva al móvil y a las redes. Confirman que tenía previsto acudir a una psicóloga por este trastorno. Y eso contribuye aún más a la versión del suicidio. La repetición de la noticia una y otra vez en teles y plataformas construye esa verdad.

En esas primeras 24 horas sin Eva en el instituto, «YO» ha dejado de existir. Camina como un muerto viviente atrapado entre la música del móvil y el humo del cigarrillo electrónico. Se mueve sin rumbo por el parque del dolor. Entre los árboles busca un beso que no se dio.

Quiere localizar de nuevo a Salva y a Eva juntos para grabar otra versión de la historia, para retroceder en el tiempo.

Toma 77

La madre de Eva está hospitalizada. Ha sufrido un infarto que ha conseguido superar. El padre recibe tratamiento psiquiátrico y vaga por los pasillos del centro sanitario sin rumbo.

El hermano de Eva sigue protegido en una burbuja de abuelos aterrorizados. Su padre también lo protege de las noticias. En casa llevan 24 horas sin conectar teles, tabletas o redes en móviles.

Ana se ha convertido en una sombra en una silla hospitalaria. Su pareja por fin consigue que salga a Tomar algo a la cafetería más cercana. Está tan rota que no es capaz de articular palabras coherentes. La sombra del dolor se suma a la tormenta de la culpa. En su cabeza estalla una guerra de sufrimiento por Eva.

En esta primavera inicial termina todo. Se para el tiempo. Dejan de florecer las vidas. Salva desea volar hasta Eva. El chico también recibe tratamiento en un centro de salud cercano a casa. Sus padres lo protegen de cámaras ocultas. Hay medios que buscan a los mejores amigos de Eva para entrevistarlos.

El objetivo está puesto en Salva, como una recompensa para encontrar a la última persona que abrazó a la chica en un vídeo viral .

Angélica busca culpables. Revisa los mensajes de odio por el abrazo de sus amigos en el parque. Registra cada *emoji* negativo, cada comentario de «*tontos, ratas…*» tratando de localizar una palabra clave.

Ella sabe que «YO» está detrás de esas imágenes cobardes, de esas frases colgadas en la oscuridad de las redes, donde usa un **ARMA invisible**, donde no te pones a pecho descubierto.

Ha realizado capturas de todo lo que encuentra contra Eva, porque progresivamente desaparecen de internet. El gobierno central ha pedido a las tecnológicas que limpien la imagen de la víctima adolescente. Solo Angélica y la policía conservan letras agresivas.

Toma 78

¿Cómo se puede volver a la normalidad? Si no existía antes. Esa pregunta se repite en la mente de Angélica. El instituto reabre sus puertas después de 5 días cerrado. Muchas familias han reclamado la reapertura, porque no saben cómo sostener a adolescentes en casa. Otras, sin embargo, no mandarán aún a sus hijos a un centro marcado por la sangre.

Salva sigue vegetando en su habitación cerrada. Las pastillas comienzan a generar un efecto de sueño constante. Sus padres no quieren que salga. Cuentan con la ayuda de familiares para ocultarlo de las cámaras de televisión que siguen a la caza.

Los padres de Angélica desean retenerla también en su hogar. Consideran que aún no ha empezado a expresar el dolor que siente. Los psicólogos han advertido a la familia del shock en el que vive. Aun así, ella ha decidido acudir al instituto dentro de esa nueva normalidad.

—¿Estás segura, hija?

—Sí, mamá, voy al instituto. No me pasará nada.

—Está bien, te llevamos, no queremos que te paren las cámaras de la tele .

—No hace falta, iré caminando como antes de… —Angélica frena su lengua asustada. Aún no puede pronunciar el nombre de Eva.

Toma 79

Angélica escapa de los medios. Las cámaras no graban arcoíris pintados en el instituto. Comprueba entrando al centro que llevan el nombre de su amiga. Eva está rodeada de colores en muchas paredes del edificio. Mira los dibujos, mientras una compañera se dirige a ella.

—Son como homenaje a Eva. Sé que le gustaban los arcoíris, los colores… ¿verdad?

—Sí… —reconoce Angélica comiéndose las lágrimas que otros estudiantes dejan caer.

Cuando entra por la puerta principal, no puede más. El llanto se libera cuando Leo, el conserje la abraza con fuerza mientras la arropa con palabras de cariño.

—Eres una campeona, adelante valiente. Eva está de alguna forma con nosotros.

La adolescente ha superado la barrera de seguridad que frena a periodistas y curiosos ante las puertas del centro.

Angélica llora durante un minuto eterno, mientras el ruido recupera la presencia en el instituto. Menos risas y más cabezas bajas. Muchas frases de: *«yo no la conocía, era de segundo…»*.

El profesorado ha organizado un encuentro especial en el salón de actos para la clase de Eva. Asistirán también los otros grupos de estudiantes de 2º de secundaria.

En la charla, una psicóloga abordará el caso de Eva tras la intervención de la directora. Muchos esperan a Ana, la tutora no está entre los maestros.

Al final de esa clase especial, una alumna propone reunirse en el punto de la caída de Eva. Allí hacen un corro mirando el suelo limpiado de manchas. Un chico saca su móvil para iluminar con su linterna el lugar. Angélica se remueve.

—¿Qué haces? ¡Deja el móvil! —pide la chica con actitud agresiva ante el paso de un profesor que frena su adelanto.

«YO» sale como una sombra que toma cuerpo de entre los elegidos de su pandilla. Suelta su móvil donde se quedó el cuerpo de Eva. Se aleja sin decir nada.

Angélica siente algo de alivio, una suave paz que la lleva a soltar también su móvil en el mismo lugar. Tras sus pasos otras chicas y otros chicos arrojan sus móviles creando una montaña tecnológica en el punto de pérdida.

Nadie le saca una foto al gesto por Eva. Y todos guardan la imagen sin captura de pantalla. Alojan ese recuerdo en sus corazones dañados. Es como un homenaje por tantas horas de móviles sin sentido. Un funeral de celulares que en ese instante no suenan.

Toma 80

Los tres se ríen, después de animar a Eva. La separación de sus padres le ha dolido mucho. Están tirados literalmente en el césped del colegio. Con 8 años son héroes de sus propias historias.

—¡Mira, mira! —grita Salva a sus amigas.

—Yo no veo nada —dice Angélica dirigiendo sus ojos a unas flores de colores que crecen libres en el patio de la escuela.

—Ya —sonríe Eva —me parece que se ha escondido un duende tras las hojas.

—Vaya dos, veis cosas raras —corta Angélica mirándolos con una carcajada mientras se levanta a buscar agua a una fuente lejana.

Eva y Salva se quedan solos. Parece que el jardín de la escuela se separa del resto del patio. Tienen unos segundos libres para conectar sus miradas. Se hablan sin palabras. Comprenden un idioma propio que les deja una sonrisa eterna en los labios.

Salva agarra la mano de Eva. Ella siente una descarga maravillosa. Miran las flores de colores. Y sellan su camino juntos con unas frases.

—Yo creo en los Elfos verdes —reconoce Salva .

—Yo también —valora Eva.

—Algún día tendrás que pintar la «Sociedad Arcoíris». Y decirme de dónde vienen. Tú lo sabes, ¿verdad?

La solicitud de Salva se queda en el aire del patio del cole. La alegría de Eva acuna ese deseo esperando que en algún tiempo, pueda cumplirse esa «fantasía».

Toma 81

10 meses después de Eva

Una chica adolescente dibuja un Elfo verde rodeado de un arcoíris con un árbol de Navidad. Celebra las fiestas en familia.

Se siente nuEVA, se siente diferente, se siente útil dibujando. No necesita pasarlo a la pantalla de la tableta, ni al móvil, aunque después lo tendrá en el ordenador, porque está escribiendo un libro, y quiere ilustrarlo, lo hace con la ayuda de una persona que para ella es su SALVAción.

Las Navidades llegan para cubrir de nieve muchas tierras. Se enfría la historia de Eva. Después de 10 meses del suceso, la actualidad ha enterrado la noticia en un recuerdo que solo se despertará cuando se cumpla el año. El 2 de marzo aparecerán titulares como: «saltó al vacío por la adicción a las pantallas».

La víctima está en el olvido. El odio de las redes sociales ha pasado. Un nuevo curso comenzó en septiembre. El instituto tuvo algunas bajas, profesores nuevos y alumnos que ya no están.

«YO» por fin vive sin… en un piso sin copas. También sin muebles. Su madre y él brindan con agua sin un padre amenazante. Han emprendido una nueva vida, aunque el chico todavía esté pendiente de recuperar su alma, ya no usa un **ARMA invisible**.

Ana, la profesora sigue de baja. La depresión certifica sus meses sin clases. En ese invierno su tristeza comienza a convertirse en esperanza. Ha recibido un dibujo de un Elfo con un arcoíris que le recuerda mucho a pinturas pasadas en ejercicios de mates.

Angélica es la única que continúa en el mismo instituto. Se ha convertido en una de las delegadas principales de los estudiantes. La gran tecnológica que se escondía tras la investigación de los móviles ha entregado una suma gigantesca de dinero al centro. Eso sí, lo hace de manera anónima gracias a los correos de la chica. Es una «Greta» distinta, una *influencer* con poco móvil y mucha fuerza.

Sus palabras de verdad, han servido para presionar a la empresa multinacional que ha pagado el precio de seguir en la sombra. Esa partida económica enorme no estará manchada de sangre, porque el instituto comienza un camino de limpieza total .

La directora echa de menos en su despacho a la profe de mates, aunque gracias a movimientos como el de Angélica, prepara un centro

donde se imparta amor, en lugar de odio. Seguirá al frente con el lema:

«Gana la batalla, apaga la pantalla»

Esta vez los móviles se apagarán de verdad. Está preparada para tirar las mentiras. Quiere encender la vida del insti.

Toma 82

Ana por fin celebra la Navidad contando la verdad sobre la tecnológica oculta. Nadie la cree. Locura transitoria para seguir de baja laboral.

—Es precioso, ¿verdad? —reconoce Ana mirando el dibujo recibido como una postal Navideña mientras se lo enseña a su pareja.

—Sí, tiene algo, algo que no sé explicar… parece que ese Elfo está vivo.

—El nacimiento de la «Sociedad Arcoíris», un mundo coherente…

—Como en la novela de Estrella Mágica.

Ana por fin sonríe en 10 meses de oscuridad. Camina hacia el final de su duelo. Lo hace iluminada con los colores de esa pintura.

Toma 83

Los robots siguen recopilando datos. Algunas tecnológicas irónicamente se esconden a la vista de todos.

El mal tiene ojos en muchas partes.

¡Cuidado!

Aunque…

Toma 84

…Aunque la esperanza crece.

Tras las fiestas Navideñas, una chica de 14 años camina hacia un instituto. Entra en 3º de secundaria con un trimestre de retraso. Lleva en la mochila un dibujo que pintó de pequeña. Está reconstruido. Su padre ha pegado los trozos rotos. Y su madre desde otro hogar, le ha escrito un mensaje de infinito amor. Ella quiere caminar sola hasta la puerta de ese centro nuevo.

Parece un milagro que llegue únicamente con una muleta. La silla de ruedas la ha acompañado en los últimos meses. Ahora el apoyo está en la sonrisa traviesa de un chico que cruza la calle para reunirse con ella. No conocen a nadie, aunque rápidamente despiertan miradas. También preguntas.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—NuEVA —dice con decisión y alegría.

—Que nombre más raro.

—Pues sí, nueva eres, porque no te habíamos visto antes. Será fácil recordarlo.

También le preguntan al chico por su nombre, aunque aquí no queda escrito, de momento. Las risas cariñosas se multiplican, mientras ella entra en su nueva vida .

En el último bolsillo de su mochila, un móvil duerme apagado. Descansa sin necesidad de calentarle la mano. También tiene una pantalla reparada. Sufrió una fractura muy grave hace 10 meses, milagrosamente se ha salvado. Y se enciende solo cuando de verdad… SALVA.

Guía con soluciones para usar bien las pantallas

Gana la batalla

Apaga la pantalla

Enciende el Corazón

NO BUSQUEMOS CULPABLES

No culpabilicemos a los adolescentes, no culpabilicemos al profesorado, no culpabilicemos a las familias, al sistema, a los móviles. Encontremos soluciones entre todos. Asumamos la **R** de Responsabilidad. Nos afecta a todos. Da igual si tienes hijos o no, si eres maestro o no. ¿Estás vivo? ¿Respiras? ¿Ves cómo la tecnología nos devora y nos atonta? Ha llegado el momento de decir BASTA con una acción coherente.

No se trata de eliminar los móviles, de prohibir las pantallas, aunque sí de regularizar su uso. ¿Hemos destruido los coches cuando dejan más de un millón de muertos en el planeta cada año por accidentes de tráfico? Estamos aprendiendo a conducir, pues con los móviles pasa lo mismo.

¿Cuántas fotos en redes nos han ayudado? Paisajes, recuerdos, frases… el objetivo no es romper con el móvil. Siguiendo con el ejemplo de la conducción, caminemos en lugar de sacar el vehículo para recorrer 300 metros. Podemos ver la puesta de sol sin el móvil, es más saludable .

3 PASOS FUNDAMENTALES EN ESTE CAMINO RETADOR

Esta novela se basa en el **Respeto:**

- Respeto por las madres y padres que han perdido a un hijo por la adicción a las pantallas.
- Respeto por el dolor de muchas familias que viven conflictos de relaciones debido al mal uso de las tecnologías.

  Hemos comprobado en **educacionpositiva.es** que existe un drama oculto sin visibilizar. Es más grave de lo que creemos. En estas breves páginas aportamos soluciones.

  No somos psicólogos ni profesionales de la salud, aunque estamos a diario en contacto con ellos. Vivimos en el campo educativo como expertos en Comunicación Positiva. En una década hemos visto a más de 15.000 adolescentes y más de 5.000 familias en talleres prácticos. También nos asentamos en nuestra experiencia como madre y padre.

  Muchos de los recursos los conoces, solo hace falta ponerlos en

práctica de verdad. Como nos dijo Inmaculada Pérez Bayo, psicóloga experta en estas adicciones: *«el problema original está en la educación»*. La falta de normas en casa deja un panorama poco saludable.

La idea no es demonizar la tecnología, es aprender a darle un uso responsable. En mi caso personal, el móvil me ha permitido ver a mi madre cuando se suponía que no se podía visitar a nuestros mayores. Con el ordenador escribo obras y hasta compongo versos. El libro electrónico me abre las puertas a otros aprendizajes. En algunas videollamadas he captado la emoción de la persona. Y gracias al correo electrónico recibo mensajes de todo el mundo valorando nuestros libros. Agradezco la presencia de estos aparatos en mi vida. El objetivo es dejar la dependencia de ellos.

Comencemos juntos con algunas preguntas:

¿En los primeros minutos del día acudes al móvil?

¿Vas a mirar la hora en la pantalla y te pierdes en las redes sin saber cuánto tiempo llevas?

¿Pasas más tiempo en el baño porque te acompaña el teléfono inteligente?

No es una broma, responde con sinceridad, SÍ o NO. Gracias.

PRIMER PASO PARA GANAR LA BATALLA: TOMAR CONSCIENCIA

Trabajamos en más de 50 centros educativos donde vemos como crece el uso de las pantallas. Esta muestra se sitúa en España y, me parece que es un reflejo de lo que sucede en otros países en un mundo global. Desde 2020 las tabletas están superando a las libretas, es algo más que un juego de palabras, es una realidad en nuestra experiencia.

Esa conexión continua de adolescentes en institutos no solo los lleva a realizar la tarea de cada asignatura, les permite perderse en internet, desde redes hasta contenidos que no son los adecuados para sus edades. Aunque aumenta el número de centros que prohíben los móviles, donde su utilización está sujeta a algo extraordinario.

Huimos de tantos por ciento, porque parece que el 99% de la población está afectada por las pantallas. Desde problemas cervicales evidentes por mirar hacia el móvil como si hubiésemos vuelto a la prehistoria, hasta daños en los dedos y pérdidas de destreza manual en niños. Sin añadir el aumento del acoso escolar, auge de abusos sexuales por consumo inadecuado de pornografía y otros delitos de ciberdelincuencia. Como muchos psicólogos dicen, estos dispositivos pueden ser *«ARMAS de distracción masiva»* o como determinamos en el título de esta obra un «ARMA invisible».

Igual que existe una regulación internacional para que los jóvenes no conduzcan hasta determinada edad, confiamos en que pronto se establezca una normativa real con respecto a las pantallas. También es necesario que exista la concienciación familiar para aplicar esa legislación.

Sin contar con la varita mágica, entendemos que ni prohibir, ni usar sin control: hay que crear un equilibrio que ponga la tecnología al servicio de las personas. Aplicar el sentido común olvidado en esta sociedad, poniendo límites bien definidos en casa y en clase.

Si un instituto fija una normativa del uso de las tecnologías, el alumnado cuenta con un código de «circulación» para moverse en internet. Sin embargo, recordemos que la base educativa está en el hogar.

Por favor responde a estas cuestiones .

¿Contáis con normas claras en casa con respecto a las pantallas?

¿Qué límites existen en el hogar sobre el uso de las tecnologías?

¿Cómo se comportan los adultos de la casa con los móviles? Recuerda que la mejor manera de enseñar es convertirte en un buen ejemplo.

Te agradezco las respuestas, te ayudarán a emprender el vuelo de las soluciones. Cuanto antes marques límites, mejores serán los resultados, aunque no se trata de fustigarte como adolescente, madre, padre o educador.

Una mamá tras impartir un taller de Comunicación Positiva en familia en un instituto de Marbella nos preguntaba:

¿qué puedo hacer con el móvil si mi hija ya tiene 16 años y no he puesto normas antes?

La respuesta que le dimos es: **comienza hoy mismo**. Hubiese sido fantástico empezar cuando tenía 3 añitos, pero eso no puede ser una excusa para dejar de poner normas en casa ahora. Tampoco se trata de quitarle el móvil a la adolescente de manera radical. Todo lleva un proceso de aprendizaje.

En mi breve libro «Mis SuperPoderes de Madre» ofrezco cinco claves para educar en positivo. Pasos que construyen un hogar saludable. También en «Diario de MAMÁ Mágica» muestro más de 100 preguntas para reflexionar. Estas obras pueden ser un complemento frente a la adicción a pantallas. Compartimos su acceso en estos códigos QR por si te apetece localizarlas.

«Mis SuperPoderes de Madre»

«Diario de MAMÁ Mágica»

En los institutos hemos visto muchos estudiantes con sus móviles escondidos bajo la mesa como la protagonista de «ARMA invisible». También nos hemos encontrado con chicas y chicos grabando en clase a compañeros. Imágenes que pueden sacarse de contexto y perjudicar. Por eso nos parece fundamental recordar qué características presenta una persona adicta. Repasa los siguientes puntos, a veces se cumplen casi todos:

- Abandona progresivamente el contacto social o se comunica en persona casi siempre con un móvil en las manos.
- Deja aficiones deportivas y de otra índole para aumentar las horas de pantallas.
- Presenta alteraciones en los horarios de alimentación y especialmente de sueño. En muchos casos vive con insomnio.
- Muestra un carácter más ansioso o incluso agresivo con dificultades para dejar la tecnología.
- Ofrece una bajada de rendimiento académico y/o laboral.
- Y en último lugar, una clave, cree que no tiene ningún tipo de adicción con el móvil. Repite frases como *«yo controlo», « puedo dejarlo cuando quiera», «no me afecta»*, *etc.*

  En este primer paso vemos lo fundamental que es reconocer si tenemos una adicción a las pantallas. Existen numerosos test, puedes localizar muchos en internet, aunque te propongo mejor utilizar un recurso analógico como el libro en papel de «Desconecta» o «Salud Digital». En ambas obras cuentas con cuestionarios para averiguar el grado de adicción. Te dejaremos más detalles en la bibliografía final.

  De todas formas, ponemos aquí algunos ejemplos digitales. El siguiente test es de la Universidad de Valencia con el apoyo de la Fundación Mapfre. Está indicado para adolescentes. No te ofrece una cuantificación, solo responder a las cuestiones y posibles vías de mejora. Si te apetece hacerlo, lee por favor las casi 20 páginas que ofrece. Solo tienes que escanear el QR.

  Otro test que podemos encontrar en internet es el de la OCU,

la Organización de Consumidores y Usuarios. Está indicado para cualquier edad, aunque es más representativo entre jóvenes. Es sencillo de realizar y los resultados son inmediatos.

Te dejamos estas dos vías anteriores, aunque insistimos en realizar mejor en papel alguno de los test que podéis encontrar en libros o sacando por impresora algún cuestionario que te invite a reflexionar. De hecho, el test más efectivo que hemos encontrado en el equipo de educacionpositiva.es, es el día sin pantallas.

¿Eres capaz de pasar un día sin móvil, sin tabletas, sin ordenador, sin tele, sin conexión a internet de ningún tipo? Prueba cómo te sientes. Te invito a empezar con suavidad, primero la hora sin, la mañana sin, la tarde sin… antes de atreverte al día sin pantallas.

Al mismo tiempo te recomiendo que te instales una aplicación que mide el tiempo de uso del móvil o de la tableta. Puedes sorprenderte con tus resultados y con los de tus hijos tanto en número de horas, como en la gran cantidad de aperturas que hacemos de estos aparatos.

RECUERDOS ANALÓGICOS

Recuperemos el equilibrio. Nací en 1974, mi padre vino a este mundo en los años 40 del Siglo XX. Se quedó huérfano de madre siendo un niño. Buscó toda su vida una foto de ella para poder recordarla. Murió con ese deseo. No la encontró, venía de una familia muy humilde. Tampoco en la época se captaban muchas imágenes. Le quedó algo fundamental, su capacidad para recordarla, aunque no viese su rostro con claridad.

¿Cuántas fotos de adolescentes en cuartos de baño sobran? Hemos pasado de la falta de recuerdos como la cara de una madre, a millones de instantáneas absurdas y hasta peligrosas, que impiden vivir el momento presente. Queman el tiempo, el recurso más valioso con el que contamos, nuestro oro líquido.

Si al levantarnos lo primero es bebernos una copa de alcohol puede que tengamos una adicción. Sin embargo, mirar el móvil casi al mismo tiempo que abrimos los ojos en la cama parece «normal». Hace unos años estaba permitido fumar en hospitales, sí, de verdad, parece increíble, igual que estudiaremos esta época como el «salvaje oeste de las pantallas». Móviles que sirven de chupetes a niños menores de 3 años. Décadas sin

aburrimiento y sin reflexión, ejes vitales para el ser humano.

¿Podemos vivir sin móviles? Podemos grabar el sonido del viento, los árboles meciéndose, las hojas de otoño o la lluvia tocándonos. Podemos disfrutar del silencio sin registrarlo en la pantalla, solo en nuestra memoria. De hecho, del título de esta novela «ARMA invisible» podemos llegar a «ALMA visible». Solo unas letras cambian tu móvil, recuerda, depende de cómo lo utilices.

SEGUNDO PASO PARA GANAR LA BATALLA: RECURSOS CREATIVOS

Tanto si eres adulto como adolescente, comencemos con soluciones básicas. Recuerda que en «ARMA invisible» no solo Eva tenía problemas con el móvil, su padre presentaba una adicción grave que no quería ver.

Prueba posibles aficiones donde estés en contacto con la naturaleza y al mismo tiempo seas útil. Cuando ayudamos a otros crece nuestra plenitud y baja la dopamina, esa hormona que desea un reconocimiento rápido, como cuando recibimos un ME GUSTA en redes: genera una satisfacción inmediata.

ANIMALES QUE DAN VIDA

Cuida animales. Hay muchas asociaciones que se encargan de recoger por ejemplo perros abandonados. Pasea a alguno si disfrutas con ellos y no puedes tener una mascota en casa. La mejor foto de esa experiencia no será la cara del cachorro, sino las sensaciones que tendrás tras ayudar y estar en contacto con seres tan cariñosos.

Trabaja como voluntario con caballos a los que limpiar. Cepillar sus pieles te permite estar en contacto con algo diferente. Quizás, después, aprendas a montar.

Existen tantos recursos como mascotas. No hace falta que insistamos en el dato terapéutico que genera el contacto con los animales, ¿verdad?

BIBLIOTECAS HUMANAS

La sabiduría está presente en nuestros mayores gracias al cúmulo de experiencias. Son como grandes bibliotecas humanas. En este mundo frenético, las pantallas dejan a muchos abuelos con besos rápidos, sin hablar con ellos de verdad, como le ocurría a Eva, la protagonista de este libro y a su padre.

Si cuentas con personas de avanzada edad en tu entorno, aprenderás bastante con ellos. También te ayudarán a reforzar la paciencia, porque el ritmo que siguen es diferente. Además, fomentarás la famosa escucha activa para aprender con sus palabras.

Te propongo que acudas a un centro de día o contactes con asociaciones de mayores activos y compartas alguna experiencia. Existen grupos donde se les leen libros que les gusten y hasta se realizan trabajos de artesanía juntos. Por ejemplo, Antonio Díaz, un profesor de instituto inquieto ha unido a distintas generaciones en Málaga. Son niños y jóvenes que colaboran con mayores haciendo marionetas.

IMAGINACIÓN SIN LÍMITES

Quizás te preguntes, ¿qué tiene que ver esto con la adicción de mi hijo a los videojuegos o con el abuso del móvil que hace mi pareja? Hemos reducido en parte la vida social a quedadas presenciales basadas en la comida o la bebida. Usa la creatividad para organizar encuentros diferentes donde se compartan los gustos y los valores de cada familia. Desde acudir juntos a cursos de cocina, por seguir con la gastronomía, hasta rutas nocturnas para ver las estrellas sin cobertura. A veces con un poco de imaginación perdemos la conexión a internet para abrirla a otras oportunidades.

A continuación, anota actividades distintas que te gustaría poner en marcha en familia sin tecnología. Vale, si no se te ocurren puedes buscar en tus pantallas sin perderte en ellas.

TERCER PASO PARA GANAR LA BATALLA: ACUDE A UN PROFESIONAL DE LA SALUD

Por favor si eres consciente de que tu grado de adicción es muy elevado, no esperes a que se complique. No actúes con frivolidad restándole importancia, porque un dolor abdominal puede ser una anécdota de gases o una peritonitis. Descubre en qué grado estás o están tus hijos y actúa con contundencia.

Si los pasos anteriores no te han servido, después de probarlos poniendo normas por escrito en casa y en clase, acude a un profesional de la salud. Evita la voz interior que te dirá que la situación no es tan grave. No hemos recogido el número de suicidios relacionados con las pantallas, el aumento de la ansiedad, el auge de diabetes o de obesidad donde el mal uso de las tecnologías influye mucho, porque nos gusta poner el foco en las soluciones, no en el problema, pero existen numerosos efectos negativos. ¡Actúa antes de que se produzca un hecho dramático!

Nos hemos reunido con muchos psicólogos y con otros profesionales de la salud, en la bibliografía de resumen dejamos contactos, aunque lo ideal es que tú encuentres a la persona cercana y adecuada en tu caso.

No lo dejes con la esperanza de que se solucionará solo. El ejemplo de Eva en la novela cuenta con un final positivo, sin embargo, no siempre sucede. Hablamos con familias que acuden a la ayuda psicológica en situaciones muy peligrosas.

Si ves que tu hija o tu hijo se queda jugando a los videojuegos en lugar de comer en familia, baja en su nivel académico, duerme menos por estar con el móvil o deja progresivamente los contactos sociales y otras actividades, ponte en marcha.

Algunos padres nos cuentan que les mandan mensajes a sus hijos para que acudan al comedor del hogar, otras madres nos relatan batallas de insultos para que dejen las máquinas y algunos nos hablan de la sensación de anestesia o robotización de la persona. Esta situación tan extrema no solo se vive con adolescentes, también con adultos. Muchos en los talleres de Comunicación Positiva nos hablan de la falta de diálogo real con la pareja… Lo dejamos en puntos suspensivos, sin entrar en otras experiencias desagradables que vienen del mal uso de las tecnologías. Confiamos en que apliques los consejos

y tengas resultados satisfactorios.

El problema no son las pantallas, es la relación negativa que guardamos con ellas. Utilízalas de forma coherente. Es más complejo de lo que pensamos, por eso :

Gana la batalla

Apaga la pantalla

Enciende el Corazón

En resumen, como en otros libros didácticos de **educacionpositiva.es**, la clave está en:

¡PRÁCTICA, PRÁCTICA, PRÁCTICA!

Y en la **R** de Repetir a los hijos o de Repetirnos a nosotros mismo el mensaje del buen uso de la tecnología con amabilidad y firmeza tantas veces como sea necesario:

¡Repetir, Repetir, Repetir!

BIBLIOGRAFÍA CON LIBROS Y PROFESIONALES

Actualizaremos esta bibliografía cada mes en nuestra web:

educacionpositiva.es

Allí podrás descargarte un PDF gratuito con más detalles útiles.

En el siguiente QR tienes acceso a nuestra página

LIBROS SOBRE ADICCIONES A PANTALLAS:

Masip Montaner, Marc (2018), Desconecta, Libros Cúpula.

Una visión global de las adicciones a estos dispositivos con soluciones sencillas. Nos parece un libro práctico para entender la magnitud de este reto social.

Paoli Austerlitz, Gabriela (2020), Salud digital: Claves para un uso saludable de la tecnología, Autoedición.

Esta psicóloga aborda de manera integral nuestra relación con las tecnologías. Es una mirada más profunda relacionada con el estrés que vivimos en relación a las pantallas. Útil y cercano.

Sarmiento, José Vicente (2021) Juan sin móvil, Fun Readers Editorial

Divertido y práctico para leerlo con nuestros hijos. Desde los 8 años por ejemplo puede ser un libro interesante para compartirlo antes de dormir.

Sarmiento, José Vicente (2021) Juan sin móvil 2, Fun Readers Editorial Este profesor vuelve con una segunda parte para seguir reflexionando sobre las adicciones a las pantallas, especialmente en este caso a los videojuegos.

L´Ecuyer, Catherine (2012), «Educar en el asombro», Plataforma Editorial.

Es un libro para comprender los peligros de la sobreestimulación que viven nuestros hijos con la tecnología.

Price, Catherine (2018) Cómo cortar con tu móvil, Editorial Grijalbo.

Un arranque divertido con datos tremendos sobre el abuso que hacemos de las pantallas. Es un libro muy completo para llevar a cabo una desconexión saludable del móvil.

González del Castillo, Lola (2019), «Buenos días con alegría», Apublicar editorial.

Fantástico para leerlo con los más pequeños. Un libro para desconectar de las máquinas. Maravillosa historia de las consecuencias de tener en exceso y abusar de las tecnologías.

En cuanto a **vídeos**, recomendamos «El Dilema de las Redes» de Netflix. Si no cuentas con esa plataforma, contacta con amigos o familiares que te den acceso puntual a este documental.

Y los muchos vídeos de la psiquiatra y escritora Marian Rojas Estapé. Os dejamos uno de ellos donde habla de este tema.

PROFESIONALES ESPECIALIZADOS EN ADICCIONES A PANTALLAS:

Inmaculada Pérez Bayo

Psicóloga experta en adicciones sin sustancia y directora de Magenta centro sanitario de psicología https://magentapsicologas.wixsite.com/magentapsicologas/acerca-de

Marc Masip

Psicólogo experto en adicciones a las tecnologías y director del Programa Desconect@

https://www. programadesconecta.com/

Gabriela Paoli

Psicóloga experta en adicciones tecnológicas y autora de Salud Digital

https://www.gabrielapaoli.com/

PIDIENDO MUCHO…

Te agradecemos hasta el infinito y más allá que recomiendes este libro si te ha resultado útil. Cuantos más seamos los que vemos el peligro invisible de las pantallas, antes dejarán de ser un ARMA.

Y como este apartado va de pedir mucho, te solicitamos desde **educacionpositiva.es** que nos dejes un comentario en Amazon o en la plataforma donde hayas conseguido este libro.

Además, puedes escribir una reflexión en redes sin quedarte atrapado en el móvil. No necesitamos que entres 20 veces porque estaríamos sembrando un ruido innecesario.

También aceptamos cartas, sí, cartas, de verdad. Entra en nuestra web y escríbenos un correo o un mensaje para que te facilitemos una dirección postal. Cada vez nos gusta más el papel, por eso en los más de 10 años que llevamos dando clases en centros educativos desde hace al menos 5, ya no usamos tecnología en las aulas. Todo se explica a través de juegos con cartulinas y pizarras. Lo máximo es el *«power point humano»*, que hay que verlo en directo. Paseamos palabras colgadas y resulta divertido.

CONOCE MEJOR A EDUCACIÓN POSITIVA Educación Positiva es un Espacio de Formación y Reflexión para utilizar el Poder de las Palabras. Desde 2013 investigamos «La MAGIA del Lenguaje». Impartimos talleres prácticos en centros educativos con alumnado, profesorado y familias. Son sesiones con mucho juego sin pantallas y poca teoría.

Nuestra Misión es despertar una Comunicación Positiva que nos ayude a mejorar como seres humanos. El objetivo es construir entre todos lo que llamamos la «Sociedad Arcoíris», un mundo más saludable y con personas que desarrollen un espíritu crítico.

Si te apetece profundizar en los valores de Educación Positiva localiza en nuestra web el resto de libros didácticos que tenemos, tanto ensayos como novelas. También te dejo un código QR con acceso directo a la página de Amazon donde están todos.

AGRADECIMIENTOS

Sin ver a veces a Mateo atrapado en su móvil no hubiésemos investigado cómo salir de ahí. Gracias Mateo hijo por demostrarnos que eres un ser humano curioso y aventurero. Una persona preparada para una vida plena con y sin pantallas.

Gracias Sara por soltar el móvil y coger un libro cada noche. Gracias hija por tu ejemplo.

Gracias Mateo padre por acompañarme en este Movimiento de Educación Positiva. ¡Sigamos ADELANTE Gigante! ¡Tenemos una Misión!

Sin la valentía de mi MADRE este libro no existiría. Y sin la perseverancia de mi PADRE tampoco. Gracias mamá, gracias papá. Gracias a toda mi familia.

Gracias a los más de 15.000 estudiantes que hemos visto en esta década, porque aunque muchos estén enterrados en sus pantallas, otros nos demuestran que juntos somos capaces de crear un mundo libre de adicciones.

Gracias a los más de 5.000 docentes por atreverse a jugar sin tecnología en nuestros talleres de Educación Positiva. Y aplicar lo aprendido después en clase.

Gracias a las más de 5.000 familias que han acudido a nuestras charlas de Comunicación Positiva que resuelve conflictos en casa saliendo de estos dispositivos .

Juntos hemos creado el Movimiento de Educación Positiva asentado en:

RAZÓN+CORAZÓN+PALABRA y ACCIÓN

Las soluciones no están en una tesis doctoral con un millón de palabras más, están en el sencillo mensaje de:

¡PRÁCTICA, PRÁCTICA, PRÁCTICA!

¡Repetir, repetir, repetir!

Primero marca el rumbo de tu vida y después practica estos hábitos saludables.

Gracias a las correcciones de Esperanza Lobo, Carmen Elías y Eugenia Paredes, lectoras apasionadas que han añadido toques fundamentales en este libro.

Y gracias a ti, sí a ti, que te has puesto en marcha sin miedo. Ahora nos lees en papel, ¿o todavía estás en digital? Imagino que eres una

persona libre que has ganado tu batalla frente a la pantalla. Enciende o apaga el dispositivo como veas mejor .

¡Gracias Familia!

Toma pérdida

Esta novela termina su aventura en Navidades, mientras agradecen en paz y cantan villancicos. En ese tiempo una chica nuEVA recibe una obra titulada «ARMA invisible». La recoge con una sonrisa, conoce la historia. Espera que esas páginas puedan ayudar a otras personas a salir de las pantallas y a conectar con la vida.

Ella está junto a su padre. Él también sonríe, deja el móvil, ya no contesta a las 3:00 de la madrugada mensajes de reproche. La nueva relación de pareja por fin está repleta de cartas. Se escriben en papel y se besan de verdad. Solo algún *emoji* salta con un corazón de respeto.

En otro punto geográfico, una maestra lee «ARMA invisible». Lo termina emocionada. Se llama Elvira. Abre otra página de su vida. Ahora sus matemáticas cuadran.

Afortunadamente Elena no ha conseguido su objetivo en su segundo intento de suicidio. Esta estudiante pasa las Navidades en el hospital sin pañuelos de sangre que se hagan virales. La sorprenden tres Reyes Magos diferentes: dos chicas y un chico que le llevan un ejemplar de un libro que habla de mentiras y verdades. La adolescente por fin sonríe con esta visita mágica .

«YO» celebra estas Navidades tirando su móvil a la cama. El aparato se queda reposando tras tantos años de intenso trabajo. Es su segundo paso para dejar de sufrir tras la mudanza con su madre. Su último comentario en la red de moda es: PERDÓN…

¡Gracias Universo !